

Ὁ Ὀλύμπτος, ἡ κατοικία τῶν θεῶν καὶ ὁ θρόνος τοῦ Δία.

Nikos Kazantzakis

Prometeo

Portador del Fuego

Traducción del griego
Miguel Castillo Didier

Separata - Boletín del Instituto Nacional N° 14 - 15
185 años

**Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos «Fotios
Malleros» - Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de
Chile - Instituto Chileno Helénico - Sociedad Amigos de
Nikos Kazantzakis (Chile) - Instituto Nacional de Chile**
1998



Boletín del Instituto Nacional

Rector

Sergio Riquelme Pinna

Director

Luis Elmes Araya

Subdirector

Alexis Parraguez Díaz

Secretario de Redacción

Rodrigo Silva Améstica

Director de Arte

Marcelo Uribe L'amour

*Centro de Estudios Griegos Bizantinos y
Neohelénicos*



*«Fotios Malleros»
Universidad de Chile*



Director

Miguel Castillo Didier

**Edición del Boletín del Instituto Nacional de
Chile**

General José Miguel Carrera

Portada:

Monte Olimpo

Impresos Esparza y Cía. Ltda.
Serrano 228 - Santiago de Chile

Fonos: 638-30-50 / 633-66-87

George Stassinakis

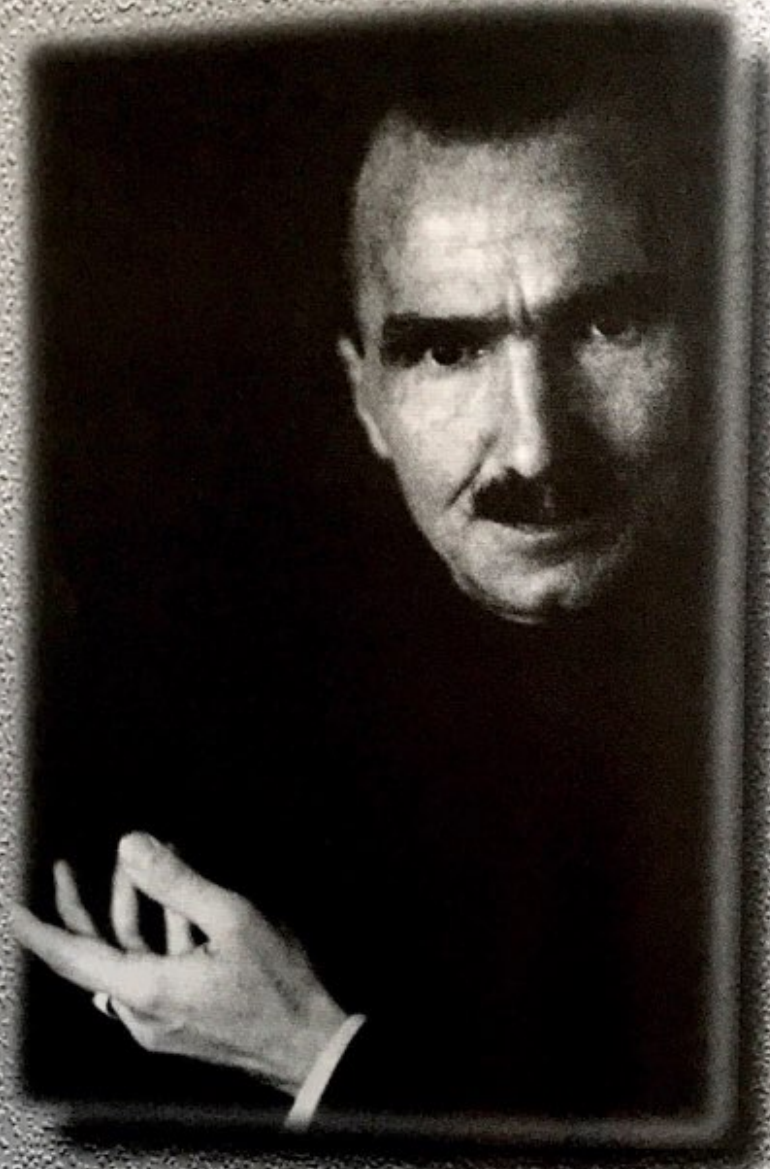
Nikos Kazantzakis

Un pensador de nuestro tiempo



Kazantzakis: dibujo de T. Kamuljos

Conferencia presentada el 1° de octubre en la Biblioteca Nacional, en el marco del ciclo de conferencias *Jornadas Nikos Kazantzakis. A 40 años de su muerte (1883 - 1957)*, organizado por el **Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos, Societé des Amis de Nikos Kazantzakis, DIBAM** y la **Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.**



Ateñas, 1928

*La vida política y económica está gobernada por las realizaciones espirituales del hombre.
¿Cómo podrá el hombre rehacerse interiormente en un clima de cansancio, de ansiedad y
de incertidumbre?
No hay sino un solo medio: movilizar todas las fuerzas de luz que están adormecidas en
cada hombre y en cada pueblo.
En este momento, no hay otra salvación. Debemos movilizar todos nuestros recursos para
combatir la mentira, el odio, la pobreza y la injusticia. Debemos llevar la virtud a este
mundo.*

(Nikos Kazantzakis. Intervención para la BBC de Londres, 1946.)

Cuando se observa de una manera global las sociedades llamadas “occidentales”, uno es llevado a hacer varias constataciones: son sociedades de espectáculo y de gran mediatización, en las cuales se nota un ascenso del nacionalismo y de la intolerancia, una caída de ciertos valores humanistas y espirituales, atentados contra el medio ambiente.

En pocas palabras, como lo escribió Nikos Kazantzakis después de la Segunda Guerra Mundial, se está en presencia de “sociedades en descomposición”.

En realidad, en grados diferentes, las sociedades humanas siempre han conocido problemas y dificultades. Sin embargo, raramente se ha visto tal desconcierto, tal inquietud en todas las estratos de la población.

Kazantzakis también se encontró frente a estos problemas. Los estudió, los profundizó y propuso su “verdad”, según la palabra del filósofo libanés Khalil Gibrán, en su libro *El profeta*, perspectivas, puntos de referencia. Su “grito”, como le gustaba decir, y no su mensaje, es en consecuencia muy actual. Esto en diversos planos: espiritual y religioso, político, acercamiento de pueblos y de culturas; búsqueda de lo esencial, no de lo cotidiano y lo efímero, y del porvenir.

Sin embargo Kazantzakis no es bien conocido. En efecto, cuando se pregunta a las personas, la respuesta es a menudo negativa. Por el contrario, frecuentemente ellas conocen la película “Zorba el griego”. Este film ha permitido al gran escritor, poeta y pensador ser conocido a nivel mundial. Felizmente, Kazantzakis no representa sólo a Zorba, sino algo más profundo y actual, como acabo de señalarlo.

La finalidad de la “Société des Amis de Nikos Kazantzakis”, creada en la Universidad de Ginebra en 1988, es justamente promover la totalidad y la profundidad de su obra y de su pensamiento en diversas formas: publicaciones: el *Boletín*, la revista *Le regard cretois* (La mirada cretense), estudios, conferencias, presentaciones audiovisuales, etc. Es una sociedad abierta.

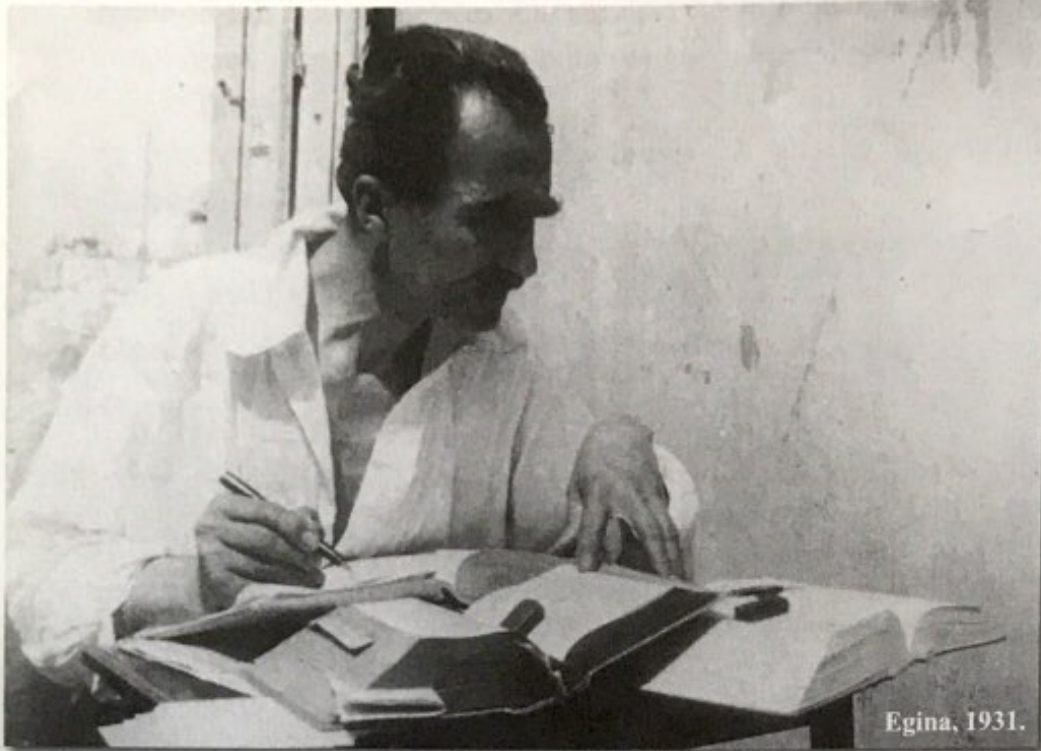
Refiriéndome a menudo a los escritos de Nikos Kazantzakis, desarrollaré en esta conferencia los siguientes temas:



A.- Presentación y análisis del pensamiento

B.- Una presencia activa en la sociedad

C.- El hombre del acercamiento entre los pueblos y de la síntesis.



Nikos Kazantzakis.

Antes de abordar estos temas, desearía recordar brevemente la obra del escritor, que, me parece, no es conocida en su totalidad. Nikos Kazantzakis, como ningún otro autor, abarcó todos los géneros literarios: novela, poesía, ensayo, relatos de viaje, libros para la juventud, teatro, guiones, traducciones, notas sobre los más grandes sabios y escritores de todo el mundo, reportajes y artículos de prensa, etc.

1.- Ensayos. Escribió 7: *La enfermedad del siglo, ¿Ha caído en bancarota la ciencia? Bergson, Simposio, Historia de la literatura rusa, Federico Nietzsche en la filosofía del derecho y del Estado, Ascética, Salvatores Dei*, que es la base de toda la obra y el pensamiento de

2.- Obras dramáticas. Escribió 19: *Hasta cuándo, Fasca, Amanece, Comedia, El maestro primero*. Tragedias de temas antiguos: *Prometeo, Teseo (Kuros), Odiseo, Melisa*, tragedias de temas bizantinos y religiosos: *Cristo, Nicéforo Focás, Julián el Apóstata, Sodoma y Gomorra, Constantino Paleólogo*. Otras obras: *Kapodistria, Buda, Cristóbal Colón, Otelo regresa*.

3.- Poesía: Nikos Kazantzakis siempre fue considerado poeta. Hasta la Segunda Guerra mundial, su obra era esencialmente poética. Con su instalación en Francia, Antibes, comienza la escritura de novelas.

Toda su obra -aún la novelesca- es poesía. Algunos meses antes de su muerte, escribía en el libro de oro de una librería de Antibes: *La poesía es lo único que impide podrirse al mundo*. Y algunos minutos antes de morir, decía a sus médicos: *¡Ustedes saben, los poetas no mueren nunca, o casi nunca!*

Escribió tres grandes poemas o colecciones de poemas:

- La *Odisea*, de 33.333 versos. Este poema ha sido traducido al inglés, francés, castellano y sueco. Es un obra capital para Kazantzakis. "Es un libro -escribió él- para los jóvenes y para los que no han nacido todavía. Es el único que quisiera llevarme a la tumba".
- *Tercinas (Cantos)*: se trata de 21 poemas dedicados -escribió Kazantzakis- "a las almas que han nutrido mi alma". Han sido traducidos al inglés y al castellano.

• **Sonetos:** publicados en 1914 en una revista griega y no traducidos.

4- **Novelas.** Es la parte más conocida de su obra. Gracias a sus novelas se hizo mundialmente conocido. Escribió 11: *Almas rotas*, *Lirio y serpiente*, *Toda-Raba (Moscú gritó)*, *El jardín de rocas*, *Alexis Zorba*, *Cristo de nuevo crucificado*, *Libertad o Muerte (El Capitán Miguel)*, *Hermanos enemigos*, *La última tentación*, *El pobre de Asís*, *Carta al Greco*.

Las novelas han sido traducidas a un total de 70 lenguas. Tres fueron adaptadas para la pantalla grande: *Cristo de nuevo crucificado*, *Alexis Zorba* y *La última tentación*. *Alexis Zorba* fue también adaptada para el teatro. Cuatro han inspirado a músicos y coreógrafos: *El maestro primero* y *Constantino Paleólogo* (Operas de Manolis Kalomiris); *Cristo de nuevo crucificado* (*La pasión griega*, ópera de Bohuslav Martinú; *Ecce Homo*, de Sandor Szokolay); *Alexis Zorba* (Mikis Teodorakis y Lorca Massino); *Libertad o muerte* (Manos Jetzidakis).

5.- **Relatos de viaje.** Se refieren a Inglaterra, Grecia, Rusia, Italia, Chipre, Palestina, Sinaí, Egipto, Japón y China.

6.- **Libros para niños:** *En el palacio de Minos* (Knossos) y *Alejandro Magno*.

7.- **Guiones.** Es un aspecto desconocido en la obra de Kazantzakis. Escribió 7, pero ninguno, pese a sus esfuerzos, fue llevado a la pantalla. *El pañuelo rojo*, *San Pacomio y Compañía*, *Mahoma*, (escrito directamente en francés y publicado por primera vez en la revista *Le regard cretois* en julio de 1997). *Un eclipse de sol*, *Lenin*, *Don Quijote*, *Decamerón*.

A.- Presentación y análisis del pensamiento

Pensamiento coherente, ligado a la vida, al corazón y al espíritu, muy actual. Es un "pensamiento esencial", como diría el filósofo Heidegger, "que llega intacto a la multitud tanto de sus partidarios como de sus adversarios".

Trataré de presentarlo examinando sucesivamente los siguientes puntos: la búsqueda de lo esencial y de la libertad; la veneración por la naturaleza; la primacía del Espíritu.

Todos estos elementos del pensamiento kazantzakiano están estrechamente enlazados. Yo los he separado por razones únicamente metodológicas.

1.- LA BÚSQUEDA DE LO ESENCIAL Y DE LA LIBERTAD

El hombre, según Kazantzakis, debe siempre buscar lo esencial, no perder su tiempo en conversaciones fútiles, en cosas efímeras, en la lujuria, en las luchas políticas y en una literatura a *l'eau de rose*. Debe superar lo "cotidiano" (alltaglich) y lo "normal", que llevan a la pérdida del hombre mismo y lo transforman en un "cualquiera".

Dirigiéndose a su ilustre compatriota, Doménico Teotocópulos, escribe en su *Carta al Greco*: "Durante nuestra vida, nosotros dos no hemos perseguido sino una sola cosa; una visión cruel, sanguinaria, indestructible: la substancia. Yo no he hablado nunca de los detalles de la vida cotidiana; son caracolas vacías".

En otro pasaje, escribe Kazantzakis:

"El tiempo ha llegado a ser para mí el bien Supremo. Cuando veo a los hombres pasearse, vagar o malgastar el

tiempo en discusiones vanas, me dan deseos de ir a una esquina a tender la mano como un mendigo:

-Dadme una limosna, buenas personas; dadme un poco del tiempo que perdéis, una hora, dos horas, lo que queráis”.

El hombre debe buscar lo que guía a un ser humano, a una sociedad; los hilos conductores, para ir más lejos y más lejos aún, ascender sin detenerse, superarse.

El fundamento de todo objetivo de un destino es para Kazantzakis la llama y el hilo rojo. En *Toda-Raba* escribe:

“No debemos amar a los hombres, sino a la llama que no es humana y que los hace arder. No debemos luchar por la humanidad, sino por la llama que transforma en fuego a esta paja húmeda, inquieta, ridícula, a la que llamamos Humanidad”.

Durante uno de sus viajes a Moscú, Kazantzakis escribe a Pandelis Prevelakis:

“No es Rusia la que me interesa, sino la llama que devora a Rusia. Mejoramiento del nivel de vida, felicidad, justicia, virtud: cebos populares a los que no me apego. Sólo una cosa me importa, la busco por doquier y la persigo con la mirada, con miedo y con alegría, el hilo rojo que horada y atraviesa como una ristra a los cráneos, a los hombres. Yo no amo sino ese hilo rojo. Mi única felicidad es sentirlo horadar y atravesar mi cráneo, partiéndolo. Cualquier otra cosa es efímera, necia, filantrópica y vegetariana, sin valor para un alma liberada de toda esperanza”.

Habiendo descubierto la llama y la línea roja, el hombre debe hablar, debe gritar. El “grito” es capital para Kazantzakis. En 1949, escribe:

“Soy el hombre más sencillo que existe, pero cuando siento un “grito” en mí, no acepto transformarlo en una “vocecilla” para complacer a los mudos y a los tartamudos. Pues yo no deseo agradar a nadie, ni tener discípulo ni ser discípulo. He venido a este mundo por algunos instantes y quiero lanzar un grito y partir. Nada más”.

Y en *Carta al Greco* anota el escritor:

“Todo hombre tiene un grito que lanzar antes de morir, su grito. Hay que darse prisa para tener tiempo de lanzarlo. Ese grito puede dispersarse, ineficaz, en el aire; puede no hallarse ni en la tierra ni en el cielo un oído que lo escuche; poco importa. No eres un carnero, eres un hombre; y hombre quiere decir algo que no está cómodamente instalado, sino que grita ¡grita tú, pues! Mi alma íntegra es un grito y mi obra íntegra es la interpretación de ese grito!”.

Llama, hilo rojo y grito reúnen todas las fuerzas para ir más lejos. Es la condición indispensable para promover la lucha por la libertad.

**No temo nada...
No espero nada...
Soy libre.**



Heraklio, Tapia Mantinengo: tumba de Kazantzakis

La libertad para Kazantzakis significa primero ausencia de temor y de esperanza. El hombre no debe tener temor del perfeccionamiento personal y de la vida futura. No puede esperar nada de los hombres; no debe buscar recompensas y honores. Como con justeza lo escribe el filósofo musulmán Averroes: "una moral fundada en la esperanza de la recompensa y el temor al castigo es indigna del hombre de Dios; es inmoral". Este es el aspecto más importante de su pensamiento y no es una casualidad que figure sobre su tumba el siguiente epitafio: *¡No temo nada, no espero nada, soy libre!*

Esto significa que no teme al porvenir, a la vida eterna; que él se ha liberado de todas las supersticiones; que es, por consiguiente, libre. Es un mensaje de liberación y de libertad.

Para alcanzar la libertad, el hombre debe siempre "ascender". La "ascensión" es siempre el medio supremo para Kazantzakis. Subir permanentemente; luchar en cada instante por llegar a un peldaño y cuando se llega allí ascender aún más lejos. Lo que es importante para Kazantzakis no es la libertad, sino la lucha por la libertad.

A este nivel se sitúa otra idea cara a Kazantzakis: la superación. El hombre siempre debe luchar, superarse para alcanzar a Dios, es decir, la libertad absoluta.

Algunas citas permitirán captar mejor el alcance de estas afirmaciones.

En una entrevista con Pierre Sipriot, en la Radio Francesa en 1957, Kazantzakis anota a propósito de los héroes de sus novelas: *"No se trata de un triunfo definitivo, sino de una lucha sin fin"*.

Y en la *Carta al Greco*, precisa el escritor:

"Tenemos el deber, más allá de nuestras preocupaciones personales, más allá de nuestros hábitos cómodos, de fijarnos un objetivo por sobre nosotros mismos, y esforzarnos por alcanzarlo, desdeñando las risas, el hambre y la muerte. No sólo alcanzarlo. Un alma altiva cuando alcanza su objetivo, lo desplaza aún más lejos. No alcanzarlo, sino no detenernos nunca en nuestra ascensión. Es el único medio de dar nobleza y unidad a la vida".

En 1952 escribía Kazantzakis a Börje Knos, amigo y traductor sueco:

"El tema principal, casi único, de toda mi obra es: el combate del hombre con "Dios", la lucha encarnizada del gusano que se llama "hombre" contra las fuerzas todopoderosas y tenebrosas que se encuentran en él y en torno de él; la obstinación, la lucha, la tenacidad de la pequeña chispa que trata de horadar y de vencer la inmensa Nada eterna; la lucha y la angustia por transformar las tinieblas en luz, la esclavitud en libertad".

*"Inconscientemente, todo lo que yo escribí durante la ocupación nazi, fue sobre la libertad, la sed, el anhelo profundo de libertad: **Prometeo, Zorba, Constantino Paleólogo**, etc. Cuando los comuneros le preguntaron a Renoir qué hacía él durante la Comuna contestó: 'Pintaba flores, pintaba la libertad' "*.

2.- LA VENERACIÓN POR LA NATURALEZA

Kazantzakis fue un idólatra de la naturaleza, un "fisiólatra". La ama y la describe constantemente en su obra. En la *Ascética* le consagra dos capítulos: a la *Tierra que mira hacia atrás y revive la ascensión* y a la *Relación del hombre con la naturaleza*. Encuentra una dimensión divina en ella. Lo tiene de tal manera maravillado que siente tener que dejarla.

En la naturaleza, el escritor incluye el paisaje, la tierra, el agua, el mar, el viento, la montaña, el campo, las plantas, los animales, el cielo, el sol. Está a menudo en afinidad profunda, en "simpatía" -según la expresión de Bergson- con el objeto de su conocimiento, en simbiosis. La naturaleza que habla ampliamente a sus sentidos también igualmente a su corazón, el cual, según Kazantzakis, es el único que puede operar allí donde la razón se ve obligada a reconocer sus límites, a admitir que hay un punto muerto.

Él buscaba la naturaleza para juntarse con gente sencilla. La descripción de sus encuentros con los beduinos y los cretenses es maravillosa.

Ama el paisaje y lamenta que no lo mire la gente, que no haya -como escribe- ninguna correspondencia entre el paisaje y el hombre. Critica las violencias hechas a la naturaleza. En *Toda-Raba* el autor pide a los hombres: "¡Sed sencillos y buenos! ¡Amad a los hombres, amad a los animales y a las plantas. Amad la naturaleza, no la violentéis!".

No ama, en cambio, los centros urbanos, se ahoga en la ciudad, donde predomina lo ficticio. Lo natural de los campos conviene mejor a su vitalidad, a su apetito de lo verdadero. "En Egina he encontrado la calma, la terraza, el mar, la montaña y a mí mismo. ¡Cuán fútil y contrario a mi naturaleza el ruido de Atenas".

Constantemente a la escucha de la naturaleza, Kazantzakis busca en ella la concordancia, la consonancia, la armonía perfecta entre su ser y el universo.

El estoico, el "indiferente" que se ha esforzado en ser Kazantzakis, confiesa con toda franqueza y en términos patéticos que, más allá de toda reflexión serena sobre la muerte y la condición humana, el hombre sufre al separarse de la tierra.

Escribe en *Carta al Greco*:

"Él vacila en el umbral luminoso. Es difícil despegar los ojos, los oídos, las entrañas de las piedras y las yerbas del mundo. Se dice: estoy saciado, tranquilo, no quiero ya nada; he realizado un proyecto; me voy, pero el corazón se aferra a las piedras y a las yerbas, resiste, suplica: espera todavía".

Es este sentimiento, este desconcierto el que expresa Ulises hacia el fin de su vida, junto a una fuente donde ha venido a apagar la sed:

"¡Qué tierra! -exclama, con los ojos llenos de lágrimas- ¿Cómo puede el alma decidirse a dejarla?"

3.-LA PRIMACÍA DEL ESPÍRITU

Para comprender el pensamiento "religioso" de Kazantzakis, hay que distinguir varios niveles: el de la religión, el de la Iglesia y el de la religiosidad.

La religiosidad es el núcleo, la religión la cáscara, la religiosidad es lo vivido, la religión es la expresión. En cuanto a la Iglesia, es la institución. Kazantzakis se colocaba en la esfera de la religiosidad.

Es verdad que desde su edad juvenil, fue atraído por la tradición: íconos, vidas de santos (sinaxarios), misas y cantos litúrgicos lo apasionaron siempre. Se inspiró en todo ello en su obra y de ello habla largamente en sus escritos, en su correspondencia, en su *Carta al Greco*, en sus tragedias. Pero a menudo hace mención del comportamiento poco religioso de los monjes, sacerdotes y obispos, ya que con frecuencia no encontró en muchos de ellos la espiritualidad, el verdadero cristianismo y la verdadera fe que buscaba.

Si la Iglesia Católica Romana colocó algunos libros suyos en el Índice, hoy ella no manifiesta ninguna animosidad respecto de su obra.

En cuanto a la Iglesia Anglicana y a las iglesias surgidas de la Reforma, ellas nunca manifestaron oposición a las posiciones de Kazantzakis.

En lo que concierne a la Iglesia Ortodoxa, hay que distinguir

•**Iglesia de Atenas:** sus obispos trataron de excomulgarlo, sin éxito. En nuestros días, la mayoría de los obispos están en contra o mantienen reservas respecto de Kazantzakis.

•**La Iglesia de Creta** se ha mostrado siempre, en su conjunto, favorable a Kazantzakis.

•**Las Iglesias Ortodoxas de la diáspora**, en su gran mayoría, no manifiestan oposición respecto de Kazantzakis.

¿Puede considerarse a Kazantzakis como un escritor cristiano o religioso? Ciertamente no. En efecto, el objetivo permanente y supremo de Kazantzakis era la búsqueda de Dios. Durante toda su vida buscó "la armonía", "la libertad total", el "camino ascendente", la "más alta cima de la esperanza", la "gran esperanza, el Reino de los Cielos".

En la *Ascética*, Kazantzakis escribe:

"Un sólo deseo me embarga: el de descubrir lo que se oculta tras lo visible, de horadar el misterio que me da la vida y me la quita, y de saber si una presencia invisible e inmutable se oculta más allá del flujo incesante del mundo".

Kazantzakis estudió las religiones y las filosofías. Pero más que ninguna otra persona, ninguna otra "sirena" -como él decía- lo fascinó tanto como Cristo. Varias obras suyas se inspiraron en el Evangelio.

En una carta al escritor Mas Tau, Kazantzakis precisa la importancia que Cristo revistió en su vida espiritual:

*"Desde mis años de niño, Cristo me obsesionó. Esa unión tan misteriosa y tan real del hombre y de Dios, esa nostalgia, tan humana y tan sobrehumana, de una reconciliación de Dios y del hombre al más alto nivel a que un ser pueda aspirar... En mi epopeya, la **Odisea**, consagro a Cristo una rapsodia. Pero eso no me liberó. Más tarde, volví a la carga. Escribí **Cristo de nuevo crucificado** y enseguida **La última tentación**. Pero a pesar de estas tentativas, el tema sigue siendo inagotable para mí, pues el misterio del combate del hombre y de Dios, de la carne y del espíritu, de la muerte y de la inmortalidad, es inagotable".*

En el prefacio de *La última tentación*, Kazantzakis escribió a propósito de Cristo:

*"Es necesario que podamos seguir a fondo, conocer su combate, que vivamos su agonía; que sepamos cómo desbarató las trampas floridas de la vida; cómo sacrificó las grandes y pequeñas alegrías del hombre; cómo subió, de sacrificio en sacrificio, de proeza en proeza, hasta la cima de la prueba, hasta la Cruz. Nunca seguí con tal intensidad, con tal comprensión y amor la vida y la Pasión de Cristo, como a lo largo de esos días y esas noches cuando escribía **La última tentación**. Al escribir esta confesión de la angustia y de la gran esperanza del hombre,*

estaba yo tan conmovido que mis ojos se llenaban de lágrimas; no había sentido nunca la sangre de Cristo, con tanta dulzura y tanto dolor, caer gota a gota a mi corazón”.

En *Vida y hechos de Alexis Zorbas*, Kazantzakis distingue tres clases de hombres:

- los que se fijan como objetivo de la vida, como ellos dicen: el comer, beber, amar, enriquecerse, llegar a ser famosos;
- luego, los que se fijan como objetivo no su propia existencia, sino la de todos los hombres; ellos sienten que los hombres no son sino uno y se esfuerzan por iluminarlos, amarlos tanto como pueden y hacerles bien;
- finalmente, están aquellos cuyo objetivo de vida es vivir la vida del universo entero: todos, hombres, animales, plantas, astros, formamos una unidad; no somos sino una misma substancia que desarrolla el mismo terrible combate. ¿Qué combate? Transformar la materia en espíritu.

En una magistral intervención para la BBC de Londres que data de 1946, Nikos Kazantzakis expresa esta primacía de los valores espirituales:

“Para que una civilización se mantenga en un nivel elevado, debe establecer la armonía entre el espíritu y el alma. Esta síntesis debe ser el fin supremo de la lucha actual de la humanidad. La tarea es difícil, pero la llevaremos a cabo en tanto sepamos claramente lo que queremos y adónde vamos.

Pero antes de llegar allí, es natural que vivamos el caos y la anarquía, el caos moral y espiritual. Cualquiera que hoy día entre en contacto con hombres conscientes, en cualquier parte del mundo, observa hasta en ellos las consecuencias inevitables de la guerra, es decir, los resultados de la angustia y del hambre, cansancio, ansiedad e incertidumbre; y por sobre todo la ausencia de una moral estable, universalmente reconocida, sobre la cual se pueda reconstruir la vida interior del hombre de postguerra. Pues en esto no debemos engañarnos. La verdadera reconstrucción no es la de las usinas, los barcos, las casas, las escuelas y las iglesias destruidas por la guerra. Una civilización no puede establecerse sino sobre fundamentos espirituales. La vida política y económica está gobernada por las realizaciones espirituales del hombre. ¿Cómo podrá el hombre rehacerse interiormente en un clima de cansancio, de ansiedad y de incertidumbre? No hay sino un solo medio: movilizar todas las fuerzas de luz que están adormecidas en cada hombre y en cada pueblo.

En este momento, no hay otra salvación. Debemos movilizar todos nuestros recursos para combatir la mentira, el odio, la pobreza y la injusticia. Debemos llevar la virtud a este mundo.

¿Cuáles son los hombres que van a llevar adelante los recursos morales de la humanidad? No podemos esperar que este grito, este toque de llamada, el más importante de todos, venga de jefes temporales. Sólo los jefes espirituales del mundo pueden y deben cumplir esta noble misión, por sobre pasiones personales. En nuestros días la responsabilidad del pensador es muy grande. Pues las pasiones son ciegas y engendran la lucha y las fuerzas materiales que el espíritu ha colocado en las manos de los hombres son formidables. De su uso depende la salvación o la pérdida de la humanidad. Miremos claramente la época peligrosa que atravesamos y veamos cuál es el deber espiritual del hombre hoy. La belleza no basta ya, ni la verdad teórica, ni la bondad pasiva. El deber espiritual del hombre hoy día es mayor y más complejo que en el pasado. Él debe aportar el orden en el caos después de la guerra y abrir un camino. Debe descubrir y formular un nuevo grito de llamada universal, capaz de establecer la unidad, es decir la armonía entre el intelecto y el corazón. Debe hallar las palabras sencillas que una vez más van a revelar a los hombres esta verdad muy simple: los seres humanos son todos hermanos”.

¡Qué hermoso texto, qué clarividencia, que justeza y qué actualidad!

B.- Una presencia activa en la sociedad

Hemos hablado de la libertad, que concierne a la totalidad del individuo y de la sociedad: libertad personal,

Boletín del Instituto Nacional

social, económica y política. Se encuentra allí la base del camino del pensamiento político y social de Kazantzakis.

Nikos Kazantzakis, como otros intelectuales, recibió la influencia de las grandes corrientes políticas y sociales de su época: nacionalismo, comunismo, socialismo, cristianismo social. Pero no fue nunca un militante, comprometido verdadera y durablemente con un partido político. Un hombre libre no puede actuar de otra manera.

Eso no le impidió, en caso de necesidad, tomar posiciones públicas de defensa de los oprimidos, contra el hambre, contra la guerra y por la paz. Sus posiciones estaban guiadas por preocupaciones humanas y éticas y nunca políticas. En una entrevista, declaraba en 1957 en la Radio Francesa: "Creo que hoy día, la misión del escritor "eveilleur" es indispensable para todos los países donde reina la injusticia, quiero decir casi en toda la tierra."

Esta declaración y las siguientes muestran la clarividencia y la profundidad de esos análisis políticos:

"El comunismo no es para mí sino el precursor de la salvación. El comunismo no responde a mi corazón. Hasta 1923, yo pasé por el nacionalismo, enteramente consumido por la emoción y la pasión. Sentía junto a mí la sombra de Dragumis. De 1923 a 1933, aproximadamente, recorrí, con la misma emoción y la misma llama, las filas de la izquierda (no he sido nunca comunista; no fui alcanzado por esa quina intelectual). Sentía junto a mí la sombra pálida de Panait Istrati. Ahora, recorro la tercera etapa -¿será la última? -: llamo a la libertad sombra ninguna. La mía sola, desgarrada, de un negro sombrío, ascendente. Me he liberado del rojo y de otros colores, he dejado de identificar la suerte de mi alma -mi salvación- con la de alguna idea, cualquiera que sea".

Hablando del ideal comunista, Kazantzakis anotó:

"La realización de este ideal ha limitado el alma del combatiente por el ideal, pues las almas, al alcanzar un equilibrio que les parece ordenador, no quieren avanzar más. Los revolucionarios se han quebrado. Los que se han quebrado rápidamente se vuelven conservadores. Y poco a poco los conservadores se vuelven reaccionarios".

En 1927 declara:

"Hoy Atenas está tranquila; el pobre pueblo se regocija, porque el dictador Pángalos ha caído y ha llegado Kondilis. Los mismos soldados que defendían al régimen anterior defienden con el mismo salvajismo y agilidad al nuevo régimen. ¡Qué disgusto! Este pueblo -y todo pueblo- no conoce la raíz del mal y se alegra del cambio de patrón, sin conocimiento y amor propio".

Esta perspicacia y profundidad de análisis político se la encuentra en otro texto de Kazantzakis. En 1928,



Nikos Kazantzakis junto al escritor rumano Panait Istrati en Atenas, 1927

viaja al Asia soviética. Queda maravillado con los paisajes y monumentos de Samarcanda y de Bukhara. *"Desgraciadamente -escribe- ambos países van hoy hacia su decadencia: comienzan a civilizarse, es decir, a perder sus almas y a imitar Moscú, el cual imita a Europa, la cual imita a Norteamérica."*

Aunque no haya sido militante, Kazantzakis, cuando lo juzgó necesario, defendió a la Resistencia Griega durante la ocupación nazi y, después, durante la guerra civil; formó parte por breve lapso de un gobierno, participó en la creación de la Unión Socialista de los Trabajadores; defendió los movimientos de liberación nacional. Por esas razones, recibió en 1956, en Viena, el Premio Internacional de la Paz.

A la vez de estar comprometido con la vida, Kazantzakis estaba también al margen, aparte. No gustaba de las mundanidades, de los medios de información, de las discusiones estériles. Raramente concedía entrevistas a la prensa; no frecuentaba los medios literarios y políticos. Contra las recompensas, amaba la soledad que para él era felicidad.

C. El hombre del acercamiento entre pueblos y de la síntesis

1.-ACERCAMIENTO, PRIMERAMENTE, POR LOS VIAJES

Kazantzakis visitó la mayor parte de los países europeos: Alemania, Austria, Bélgica, España, Francia, Grecia, Italia, Holanda, Portugal, Suiza, Checoslovaquia, Yugoslavia, Unión Soviética. En Asia: Palestina, China, Japón, Asia soviética. En Africa: Egipto. Hubiera querido visitar América, pero las autoridades griegas no le otorgaron pasaporte.

Los viajes no constituían para él giras turísticas. Buscaba conocer los pueblos y sus culturas. Le decía a Heleni, su segunda esposa: *"Mi deseo es 8 meses de viaje y 4 de soledad"*. A Pandelis Prevelakis le precisó en una carta el sentido de los viajes: *"La gran esperanza del viajero es ésta: encontrar en tierras lejanas las imágenes que expresan a su alma y lo ayudan a salvar y salvarse. Mientras más vivo, más siento que el viajar es para mí una necesidad de libertad."*

2.- ACERCAMIENTO POR LA CULTURA

Primero a través de las influencias. Para escribir su inmensa obra, Kazantzakis se inspiró en pensadores y en pueblos europeos: Nietzsche, Bergson, Schopenhauer. Pensadores griegos antiguos, religiosos y orientales: Buda, Tagore, poetas musulmanes, pensadores judíos, chinos y japoneses.

Enseguida, acercamiento a través de las traducciones. Teniendo conocimiento profundo del inglés, alemán, castellano, francés e italiano, Kazantzakis tradujo al griego moderno a los más grandes escritores y poetas: Homero, Platón, Dante, Shakespeare, Machiavello, Goethe, Dickens, Nietzsche, Hauptmann, Bergson, William James, Pirandello, Julio Verne, Cocteau, García Lorca, Machado, Jorge Zalamea y otros.

Finalmente, acercamiento a través de sus propios escritos. En efecto, Kazantzakis escribió, especialmente en la *Enciclopedia Griega Eleftherudakis* y en otras publicaciones, decenas de notas sobre los más grandes sabios, artistas, escritores, poetas y personalidades del mundo entero, desconocidos para el público griego.

3.- ACERCAMIENTO A TRAVÉS DE SUS INQUIETUDES

Acercamiento primeramente a través de su apoyo a los pueblos colonizados, a la paz, a las posiciones contra

la guerra, la injusticia y el hambre. Escribe en *Carta al Greco*:

"Me recuerdo claramente. Antes de experimentar compasión por los hombres, experimenté en mí mismo la vergüenza. Tenía vergüenza de ver el sufrimiento de los hombres y de esforzarme por transformar todo ese horror en un espectáculo efímero y vano. Decía para mí: "No es verdad; no te dejes arrastrar, como los ingenuos, a creerlo. El hambre y la saciedad, la alegría y el sufrimiento, todo eso no son más que espectros!" Yo lo decía y lo repetía; pero a fuerza de mirar a los niños que tenían hambre y que lloraban y a las mujeres de mejillas hundidas y de ojos llenos de odio y sufrimiento, mi corazón poco a poco se deshacía. Yo seguía con emoción este inesperado cambio en mí mismo. Al principio, era la vergüenza la que palpitaba en mi corazón, después la compasión. Comenzaba a sentir el sufrimiento de los otros como si fuera mi propio sufrimiento. Luego llegó la indignación y enseguida, la sed de justicia. Y por sobre todo, la responsabilidad. "Soy culpable -me decía- de toda el hambre que hay en el mundo, de toda la injusticia; soy yo el que tiene la responsabilidad".

4.- UN PENSADOR CON RAÍCES

Kazantzakis nació en Creta, una isla en la encrucijada del Oriente y el Occidente, situada entre tres continentes. El escritor fue un hombre muy apegado a su isla. Todo se origina allí: "*Creta, Creta: y mi corazón latía*", escribe en *Alexis Zorba*. Y en *Carta al Greco* precisa:

"Hay una suerte de llama en Creta, digamos un alma, algo más fuerte que la vida y la muerte. Está la altivez, la obstinación, la bravura y al mismo tiempo algo distinto, algo inexpresable e imponderable, que hace que uno esté a la vez gozoso y aterrado de ser hombre."

¿Puede, entonces, calificarse a Kazantzakis de autor "regionalista"? Con seguridad no. Como acabo de decirlo, Kazantzakis era profundamente cretense. Vivía con Creta *una pasión casi mística*. Pero su vida, su obra y su pensamiento rebasan a Creta. Sus raíces eran cretenses, pero su conciencia era universal. Al escribir sobre Creta, la sobrepasa para interesarse en los problemas y en el acercamiento de todos los seres humanos, donde quiera que vivan.

En efecto, la guerra en Creta entre turcos y griegos que Kazantzakis evoca en su obra, toma otras dimensiones; llega a ser la lucha del bien y del mal, de las tinieblas y la luz, de Dios y del Demonio. El capitán Miguel combatía al ocupante turco. Kazantzakis combatía a otro ocupante, la maldad, la ignorancia, el miedo, las ideas brillantes y falsas de los ídolos.

Acerca de este punto, el escritor expresó a su amigo sueco Börje Knos:

"Bravo por haber terminado usted (la traducción de) *Cristo de nuevo crucificado*. Me alegro de que le haya gustado hasta el final. Es una verdadera novela.. Zorba era sobre todo un diálogo entre un escritorzuelo y un verdadero hombre del pueblo; un diálogo entre el espíritu "tinterillo" y la grande alma del pueblo. Yo también he terminado *El capitán Miguel*; muy trágico: la lucha por la libertad, la aspiración sempiterna del alma a la liberación; el esfuerzo de la materia por devenir espíritu; Dios liberándose de todas las virtudes humanas que lo sobrecargan y volviéndose también Espíritu"

Escritor "cretense", pero también "cosmopolita", pensador que buscaba la "síntesis", Kazantzakis recibió una educación europea. Amó, pero también criticó a Europa. Veneró al Oriente, su cultura, sus paisajes. Pero no deseaba estar encerrado en esas fronteras, en esa separación.

Aziz Izzet, uno de sus mejores biógrafos, escribe:



“La gran aventura de Nikos Kazantzakis fue la de haber intentado realizar una síntesis entre Oriente y Occidente, entre la meditación y la acción, entre Buda y Platón, o incluso entre Cristo y Lenin. Si Dostoievski hizo un nuevo Antiguo Testamento, Kazantzakis hizo un segundo Nuevo Testamento, el del hombre de hoy que encierra todas las posibilidades del de mañana”.

Pero dejemos al mismo Kazantzakis expresarse sobre este punto. En *Alexis Zorba* escribe:

“Yo, con permiso tuyo, al jefe de nuestra raza lo llamo Akritas. Esta palabra me agrada más; es más austera y guerrera. En cuanto la escucho, se yergue en mí, toda en armas, la Grecia eterna, que combate sin tregua ni respiro en los confines, en las fronteras. En todas las fronteras: nacionales, intelectuales y espirituales. Y si se le agrega la palabra Diyenís, se describe todavía más a fondo a nuestra raza, esta maravillosa síntesis de Oriente y Occidente.”

Y en un texto publicado en 1943, precisa Kazantzakis:

“Creta es la síntesis que siempre he tratado de concebir: la síntesis de Grecia y del Oriente. Yo no siento en mí ni Occidente ni la Grecia clásica como un puro ‘elixir’. Ni el caos anárquico ni la resignación abúlica del Oriente. Muy al contrario, siento una síntesis: el yo que mira al abismo sin descomponerse; más aún, a esta mirada sobre la vida y la muerte, yo la llamo cretense. Tener la mirada cretense no quiere decir rechazar las civilizaciones occidental, oriental o de la Grecia antigua. Quiere decir hacer una síntesis de todo ello sin olvidar el aporte de lo nuevo, y vivir entonces una vida nueva, más amplia, más heroica y más consciente.”

Kazantzakis demuestra así de manera pertinente que un hombre debe tener raíces, pero al mismo tiempo interesarse en otros pueblos y culturas, en los valores verdaderos y en la naturaleza. Identidad y cosmopolitismo tales son los rasgos esenciales de su pensamiento, rasgos que conservan toda su actualidad en el mundo de hoy.

En efecto, en *Carta al Greco* y en varios de sus escritos, distingue tres clases de escritores, de intelectuales:

- los que miran hacia atrás, romanticismo, evasión, estetas;
- los que miran a su alrededor -la podredumbre, el mundo desequilibrado de hoy;
- los que miran a lo lejos, al futuro, y que luchan por distinguir el rostro de la civilización futura, para crear la matriz donde se originará la realidad que vendrá, para concebir la estructura económica futura de la sociedad.

Indudablemente, Nikos Kazantzakis se ubicaba en esta tercera categoría.

George Stassinak
Presidente de la Société des Amis de Nikos Kazantzakis (Ginebra)
1° de octubre de 1984

^(*)Diyenis Akritas es el máximo héroe épico de las fronteras surorientales de Bizancio, donde luchaban y convivían los mundos cristiano y musulmán. Inspira una epopeya y numerosos poemas breves, transmitidos en la tradición oral, desde el s. XI-XII al actual. Akritas es un personaje fronterizo. Diyenís: de doble nacimiento, pues el héroe era hijo de una cristiana y un musulmán converso.

NIKOS KAZANTZAKIS



PROMETEO PORTADOR DEL FUEGO

Traducción del griego
Miguel Castillo Didier

*“El injusto olvida; le gusta. Pero el
que sufrió la injusticia guarda
insomne su recuerdo y otro bien no
posee.”*



A cuarenta y un años de la muerte de Nikos Kazantzakis, entregamos a nuestros lectores *Prometeo Portador del Fuego*. Esta obra, inédita en español, forma parte de una trilogía junto a *Prometeo encadenado* y *Prometeo liberado*. De todas las tragedias que escribió Kazantzakis, las únicas correlativas por el tema son las que giran en torno a este dios griego. En la Antigüedad, el motivo prometeico fue trabajado por el poeta Esquilo (s. V a. C.) en tres obras, cuyos títulos coinciden con los ya mencionados, y de los cuales sólo *Prometeo encadenado* se conserva.



PERSONAJES

CORO	HERMES
MADRE	ATALAYA I
PROMETEO	ATALAYA II
PAN	PANDORA
SILENOEL	VARÓN
EPIMETEO	LA MUJER

ACTO PRIMERO

(Está amaneciendo. Agreste y majestuoso paisaje: hondos barrancos desnudos, cumbres que humean todavía, árboles calcinados por el rayo, rocas gigantescas removidas. Más allá el mar surge, enfurecido. Cielo pesado y bajo, con nubes negras hendidas. Espesas humaredas suben desde la tierra. Se percibe que la aterradora destrucción cósmica que estalló recién ahora ha terminado. De cuando en cuando se escuchan sólo unos truenos lejanos y sordos; y de todas las aves, sólo el graznar del huire.)

Una agreste caverna abovedada al pie de la montaña; al lado de afuera, un olivo silvestre quemado por el rayo todavía humea. Aparece Pan entre los peñascos, desgredado, la tez quemada, los pies llenos de barro.)

PAN.- ¡Madre, oh Madre Tierra! Me inclino y beso tus plantas: no temas; ¡yo te invoco, tu hijo Pan, el de pies de cabro! Madre, tuve un mal sueño, muy malo, y todavía mi espíritu tiembla. Ay, quiero callar, pero el terror me ahoga, y no puedo soportar; ¡y voy a gritar!

Se rasgaron los montes y se derrumbaron, las aguas hervían, saltaban llamaradas, se abrieron las entrañas de Dios, y apareció desnudo, horrendo, el rostro de la Moira.

Abrazado a esta roca, divisaba luchar sobre el abismo las potencias luminosas y las tenebrosas. Cabezas negras levantaron los Titanes, ciegas ¡ay!, y los montes se movieron y se desparramaron como incendios, para subir al cielo y expulsar a Dios.

¡No! Cierro los ojos, los oídos, cierro el entendimiento y el corazón, ¡no quiero recordar! Mis entrañas todas se llenaron de relámpagos y rayos.

Me inclino y te toco, Madre mía, ¡valor! De nuevo se trocará la llama en tierra pura, otra vez la tierra se hará yerba, para que los seres vivos coman, y que el hijo del hombre venga de nuevo a caminar sobre el suelo.

Todo bien; la tormenta amainó. Se sació Dios de tanto rayo; el Tártaro colmóse de Titanes; los elementos indómitos -ríos, vientos, incendios y mares- se sometieron y se encadenaron al cuello de Dios.

Y el divino Furor, águila soberbia de la venganza, batiendo sus alas pesadas, merodea, ahito, bajo el cielo y se posa lentamente a los pies de la Deidad.

Todo ha terminado, Madre mía; álzate a ver y a gozar la nueva creación. Mira, se rasgaron las negras nubes y apareció de nuevo el Dios, como un sol. Ríe, y toda la luz ríe con él.

Adelante, corazón, un nuevo mundo es éste. Voy a llamar a los pequeños Pan, mis hijos, desde las hondas grutas y los bosques, donde se refugiaron con terror, para que salgan, ¡y que todos juntos armen la danza vivaz de la libertad sobre la nueva corteza!

(Silba, colocándose los dedos en la boca. Escucha de pie cómo da eco el silbido en las montañas. Se estremece ante tal desolación; lanza un gran grito de temor.)

¡La tierra ha quedado vacía; el aire se ha agotado; cuerpos, alas y espíritus han desaparecido! Silbo y he aquí que mi alma se pierde, pues no se encuentra otra alma que la escuche.

(Silba de nuevo; se oye un lejano y ahogado trueno.)

¡Sólo el Dios, el terrible rayo astral, con su aliento azufroso llena, denso, grave, el éter mancillado!

¡Ay, se corta mi respiración y me voy a sofocar! ¡Auxíliame tú, caramillo, mi consuelo!

(Saca de su pecho el caramillo)

Oh boca pura de la libertad, cantad.

(Toca el caramillo. Al comienzo, una melodía inquieta y triste; cada vez más tranquila y ligera. Salen desde las cavernas y las rocas los doce hijos de Pan; chillan asustados y se apiñan alrededor del padre. Pan les da la bienvenida y los acaricia.)

Oh agraciados espíritus de la tierra, rebaño mío que te dispersaste y te perdiste, risas, voces del desierto, demonios masculinos con vuestras caudas enhiestas, ¡mil veces bienvenidos, hijos míos!

Ay, de lodo y de sangre os llenasteis; vuestros cuernecillos se quebraron, y ¡oh pecado! en las llamas se chamuscó vuestro cabello. Coraje, hijos míos, que el mundo de nuevo se irguió; miren, ya no se remece, y se sumieron los genios salvajes en las entrañas de la noche.

Llegó la alegría, tomaos de las manos, crian alas vuestros pies, bailad. Lanzad voces y glorificad al Dios, pues ha vencido; glorificad también a los Titanes, pues fueron vencidos combatiendo con bravura.

Somos libres creaturas del bosque, fuentes, agua, árboles, pequeños insectos inmortales. Los Titanes se perdieron; se derrumbaron en el Tártaro los grandes sismos, los vastos cataclismos del cosmos. Adelante, muchachos, levantad vuestros cuellos; almas graves se hundieron en la tierra; ¡elevad una elegía amarga y heroica!

CORO DE HIJOS DE PAN.- ¡Ay Madre Tierra de pechos gigantes, ciega, concupiscente, de verde cabellera, ay, me duelo de tu dolor tres veces venerable y miro horripilado los abisales pensamientos del Dios!
¡Cómo los engendraste, Madre, a los Gigantes en un abrazo con el Cielo, velludos, potentes, policéfalos, y los admirabas en secreto al verlos abalanzarse sobre los dioses para destruirlos!
Pero hórrido es el astral rayo de Dios; cabezas, espinazos, cuellos con cabelleras, bocas, el Dios a todos los bravos al Tártaro, oh Madre mía, te los arrojó.

(Se oye una voz profunda y dolorida desde la tierra y un ronco gemido. El coro se detiene atemorizado.)

VOZ DE LA MADRE.- ¡Hijos míos!

PAN.- Una elegía levanta, ¿lo escucháis? ¡Llora la Madre a los Gigantes!
Soporta, Madre golpeada por la muerte; tus hijos salieron muy grandes; no cabían entre cielo y tierra, tropezaban; y de nuevo se entraron al interior de tus entrañas.
Pero uno queda, el más amado tuyo; y ahora va a venir trayendo liberados a tus postreros retoños, los hombres. Yo lo vi tender sus brazos sobre ellos, como si dijera al Dios: “¡Daño no les hagás!”

(Se escucha un fuerte jadeo. Aparece, cegado, el viejo Sileno, por entre los roqueríos. El coro lanza un grito.)

CORO.- ¡Ooh! ¡Ooh! ¡El viejo Sileno, el abuelo, el dulce dragón de los ríos! ¡Venid y apoyadlo, que va a caer!

PAN.- Anciano abuelo, genio yerboso que relinchas en los valles verdes, oh vientre henchido, corazón ebrio, amplia risa entre las cañas tiernas, ¡me inclino y venero tu desgracia!
Tus frescos ojuelos, anciano, que desbordaban de hiedra y de laurel y donde, cuando entraba el mundo, al punto vacilaba y dichoso caía en embriaguez, ¡ay de mí, cómo se fundieron y cómo se apagaron!

SILENO.- Eh Pan de pies de cabro y barba cuneiforme, con justicia los ojos perdí y no chillés!
Más allá de lo que puede el ojo, anhelé mirar y fijarme impudente en la centella del Amo. ¡Mucha era la luz que me llené de tinieblas!

PAN.- No te ocultaste, no tuviste miedo; ¿cómo penetraste al torbellino del Dios?

SILENO.- No me escondí, no tuve miedo, y ahora pago la soberbia y la temeridad: bien duramente, es cierto, ¡pero no me arrepiento!

PAN.- Dónde te hallabas, yo te llamaba, vagaba por entre los truenos, los relámpagos, clamando tu nombre, ¡oh velludo abuelo!

SILENO.- Estaba caído en tierra; escuchaba estremecerse las montañas y rugir. Se hendió la corteza de la tierra; saltaron aguas hirvientes y me quemaron el pecho; y precipicios se abrían y cerraban y echaban vapores.

PAN.- ¡Ah, calla, no lo repitas; cierras los ojos; hienden y cortan mi espíritu relámpagos y no puedo soportar el resplandor!

SILENO.- Yo con temeridad mantenía mis ojos bien abiertos ante los relámpagos. Nunca sentí tanta alegría y horror.



Boletín del Instituto Nacional

“¡Alma mía, clamaba, mantente erguida; es éste el más elevado instante de tu vida; sigue adelante para ver y recordar!”
Y tomé el camino; ascendía y me iba sofocando; me envolvían las llamas y me lamían. Avanzaba tropezando a siniestra y a diestra, y mis pies se quemaban en el fango.
Y he aquí que retumba una voz y cae delante de mí, rompe las ramas y me ordena: “¡Detente!” Pero yo con ímpetu ascendía para ver el secreto antes de morir.

PAN.- ¿Qué secreto? ¿Qué secreto? ¡Desvarían tus labios, abuelo, del pavor!

SILENO.- Cómo destruye Dios la tierra con centellas, cuando levanta cabeza, y cómo con centellas la vuelve a crear.
Ya en el resplandor, comenzaba a distinguir a los Gigantes, por llamas ceñidos, precipitarse por las cumbres y lanzar al cielo, injuriándolo, aguas hirvientes, llamaradas y peñascos.
Y rompiendo las nubes Dios con un hacha doble, lanzaba sus rayos sobre la tierra, y caían sobre esas cabezas soberbias y las destrozaban.
“Alma mía -yo secretamente hablaba a mi aterrada Silena interior-, terrible es este momento, mas no temas. ¡Ver, ver el secreto del mundo, verlo, alma mía, aunque su luz me ciegue!”
De repente saltó mi pecho; escuché una voz ronca, ahogada de terror, brotar de las telas de mi corazón y estrangular mi garganta: “¡Detente!” Pero yo: “¡Verlo -clamaba y avanzaba- verlo!” Y me había trocado todo en ojos.
Ni en Dios pensaba, ni en la hermosura del mundo que perdería. Un demonio audaz se levantó dentro de mí, un ojo gigantesco en mi interior, igual que un turbillón.
Una tercera voz vibró desde los cimientos, desde las entrañas de la tierra, y me clamaba: “¡Serás cegado! ¡Compadéceme, hijo mío!” Pero yo, sobrecogido por la Moira, tropezando por las rocas, embriagado por la terrible presencia del Dios, “¡Verlo, verlo!, exclamaba, ¡aunque muera!” ¡Y lo vi!

PAN.- ¿Qué, desdichado?

SILENO.- Inclínate; afirma bien tu espíritu, para que no se disperse.

PAN.- ¿Qué viste, abuelo? ¿Qué cosa horrible?

SILENO.- La noche eterna, hijo mío. Y otra cosa no acepto ya ver.

(Dos hijos de Pan, que han trepado entretanto a dos peñascos que se enfrentan y avizoran, lanzan voces.)

ATALAYA I Y II.- ¡Viene!

PAN.- ¿Solo?

ATALAYA I.- Avanza por los riscos; salta de cumbre en cumbre; se aproxima con cólera; y de sus cabellos sube humo.

PAN.- ¿Solo? ¿No ves que tras él se precipita la tormentosa especie de los hombres?

ATALAYA II.- ¡Ah, completamente solo! Nadie viene con él, ¡ni hombre ni deidad!

PAN.- ¿Nadie? ¡Mirad bien!

ATALAYA I.- ¡Diviso su sombra sola que va devorando el valle!

SILENO.- Yo escucho su profundo gemido. Giraron mis ojos y penetraron en mis entrañas, y ven en la oscuridad. Veloz y rapazmente, una tigresa se acerca; tiene hambre, no es tigresa, ¡es la Moira!

(Aparece Prometeo. El Coro lo rodea inquieto. Prometeo los aparta sin hablar. Pan trata de tocar el caramillo, saludando su llegada; saca dos o tres notas despavoridas y enmudece el instrumento.)

PROMETEO.- ¡No! ¡No! ¡No!

SILENO.- ¡Ay de mí! Las más terribles potencias se inclinaron a la tierra y claman: ¡Sí!, temblando, y sólo tú gritas el impío ¡No!

PROMETEO.- ¡No! ¡No! ¡No!

PAN.- ¿Y los hombres? ¿No los trajistes? ¿Desaparecieron?

PROMETEO.- ¡Nunca, alma mía, nunca olvides la injusticia, el deshonor, el horror!

(Mira en torno suyo, como si viera por primera vez a esos genios.)

¿Por qué os juntasteis aquí, a mi alrededor, todos los velludos genios de la floresta? ¡Quiero estar solo con Él!

PAN.- ¿Por qué no me contestas? ¿Se perdieron?

PROMETEO.- ¿Qué quieres? ¿Por qué tus ojos se nublaron? ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! ¡No quiero ya ver almas y cuerpos y cerebros que tiemblen!

PAN.- Perdona, gigante mío; con canciones quise, ¡ay!, darte la bienvenida; mas veo ahora que vagas solo, lleno de ira, y se cortó mi aliento.

Buen espíritu del mundo, Prometeo, ¿por qué no me respondes? ¿Perdiéronse?

(Prometeo en silencio arranca del roquerío una piedra y la lanza al abismo; se oye el ruido de su caer.)

PROMETEO.- ¡De igual manera se derrumbe Él en el Hades!

¡De igual manera se derrumbe Él en mi espíritu!

SILENO.- Gigante, hijo de nuestro Cielo luminoso de estrellas y de la fecunda Tierra, la Madre, buen espíritu que entraste a la batalla y diste entendimiento al rayo del Dios, he sido cegado; no te veo, mas percibo que una profunda ceguera te envuelve.

No la retengas, mudo; no eres tú un dios, ¡y ella te arrojará abajo, Prometeo!

PROMETEO.- ¡Oh viejo Sileno barba de valle, oh viejo Sileno, dolor profundo, ira honda el momento en que sientas que no tienes confianza en el Dios!

SILENO.- Si decayó el Dios dentro de ti, estás perdido. ¿De qué te cogerás? El mundo ha de caer de nuevo en el abismo.

PROMETEO.- Lo que podamos, viejo -nuestro cuerpo, nuestra mente, las esperanzas, la altivez- pongámoslo como apoyo para no caer!

(A Pan) ¡Se perdieron!

PAN.- ¿Todos? ¿No quedó una pareja, ni una viva, para semilla?

PROMETEO.- ¡Toda la simiente del humano desapareció!

(Pan va estallar en llanto; pero Prometeo le estrecha del hombro.)

Todo lo perdimos, todo; y solamente la obstinación y el orgullo nos quedaron. Calla, no llores, ¡que éstos no podrán perderse!

PAN.- Sí; sequé mis ojos; no lloro. Tengo miedo y me da vergüenza ante ti. Escúchame: yo soy un pastor entre los genios de la tierra; y me lengua se confunde, y la razón cornea como un chivato mi cabeza; pero no puedo soportar y voy a hablar ¡Guía tú, y donde me lleves -también al abismo- iré!

Boletín del Instituto Nacional

PROMETEO.- Valientes palabras y me gustan. De modo semejante hablo yo a mi espíritu: ¡Guía tú, y donde me lleves -también al abismo- iré!

ATALAYA I.- ¡Un inmenso petrel viene desde el mar!

ATALAYA II.- No es un petrel; es luz.

PROMETEO.- ¡Que venga!

ATALAYA I.- No es luz; algún dios nuevo viene desde el cielo, por sobre el ponto; y tiene alas en sus sandalias de oro.

PROMETEO.- Uno de los nuevos señores debe ser, ¡ay de mí! Se adornaron con alas y oro; impúdicamente pavoneándose, y helos allí que comenzaron ya a entregar órdenes. ¡No te olvides, espíritu mío, que también dios eres tú!

(Llega Hermes, con sandalias doradas; lleva en el cuello una gruesa cadena de oro. Adorno igual lleva en la mano.)

HERMES.- ¡Con respeto saludo a Prometeo, al gran espíritu, al pecho lleno de bravura y de prudencia y de amor! Siento una gran alegría virginal al cumplir la primera de todas las órdenes de nuestro nuevo Padre y Señor. Venció Él a las potencias tenebrosas, rebeldes, ciegas, malditas, que levantaron cabeza a fin de destruir la virtud más divina, el orden.

Al Tártaro las arrojó, aherrojadas con cadenas, y ahora suspiran y gimen y blasfeman, furibundas. ¡Qué alegría: en la tierra, en el cielo, en el Hades, después de feroces combates, helo allí: el entendimiento subió hasta el trono de Dios, y sólo un soberano existe: la Ley!

Regocijaos, creaturas de la tierra, del aire y del agua y genios de la noche, ¡ha vencido el gran dios, Zeus!

PROMETEO.- Hemos vencido, di mejor, te ruego. Eres aún un emisario nuevo, una deidad imberbe, y no sabes armonizar la lengua con la inteligencia.

Hemos vencido, di. Yo -lo sabes, mas no lo confiesas- con las múltiples artes de mi cerebro le llevé la victoria, guiando su rayo inexperto.

Y cuando en la batalla bailaban las pesas y gritabais ahogados por los Titanes, yo fui quien saltó de improviso y arrojando a mi inteligencia hacia la balanza, fuerza a la Moira ambigua a tomar la decisión. ¡Yo, y si alguien lo olvida, se lo recuerdo!

HERMES.- ¡Lo sé; no te enojas, mi gigante!

No lo olvida Dios, el nuevo Señor -me inclino y venero su gracia-, no; no lo olvida, y he aquí que me envía ahora a colgar de tu cuello un collar, precioso obsequio e inmortal adorno; ¡señal de amor y de dulce sumisión!

PROMETEO.- ¿Qué? ¿Una cadena al cuello como obsequio?

HERMES.- Señal divina e indestructible del nuevo tiempo.

(Prometeo arroja con furia la cadena de oro.)

PROMETEO.- ¿Señal del nuevo tiempo?

HERMES.- No te enfurezcas. Ya no posee el mundo dos opiniones; uno solo es el Espíritu, ¡y nosotros, dioses, demonios, animales, genios y hombres, somos sus pensamientos!

PROMETEO.- No soy yo esclavo, dile. Un alma soy, hermana mayor del orgullo. ¡Por libertad combatí, golpeando a mis propios hermanos, los Titanes!

HERMES.- Todos los dioses...

PROMETEO.- Pueden los dioses llevar cadenas como ornato y ufanarse de ello; pero yo...

HERMES.- Despiden relámpagos tus ojos. ¡Sólo a los ojos de Dios -debes saberlo- corresponde con tal temeridad lanzar relámpagos!

PROMETEO.- ¡A los ojos de Dios y a los míos! También yo soy dios; ¡y en mi entendimiento guardo un orden más nuevo, mío propio!

HERMES.- Eres un gran espíritu; pesas bien lo que puedes, lo que no puedes, y sabes que lo imposible no alcanzas, por más que quieras. ¡Inclina entonces la cerviz a la necesidad!
No es ésta una cadena de esclavitud; es ajorca de amor y une tierra y cielo, almas, corazones, todas las cosas, en una armonía esclava y libre a la vez. Tal es la magna Ley del nuevo Dios.

PROMETEO.- ¡No acepto, no, servir a un Dios que no tiene palabra ni honor! ¿Por qué dio muerte a las amadas creaturas del barro, a los humanos? ¡Me prometió una cosa, sí, y pisoteó el juramento! A la cumbre donde buscaron refugio me lancé a salvarlos, y los hallé de espaldas en el suelo calcinados por los rayos.
¿Por qué?

HERMES.- Con los ciegos Titanes, sábelo, fueron voluntariosos y les mostraron los ocultos senderos intocados, para que subieran al Olimpo y lo incendiaran. No los compadezcas; también eran ellos fieras, sin sumisión ni amor en sus entrañas. Pelos desde la cabeza, pesadas mandíbulas, gargantas sin dulce voz humana, cerebros llenos de crímenes y lodo.
¡El nuevo Dios ha de crear un nuevo género humano, luminoso, sumiso. No quiere más rebeldes ni cuellos en alto!

PROMETEO.- ¿No quiere más rebeldes ni cuellos en alto? Yo los amaba, aunque rugieran en sus pechos todavía negras pasiones -hambre, sed, y sexo y crimen.
Pero había en lo profundo de sus entrañas una chispa; y ella un día, devorando la carne, llegaría a ser cerebro y luz y amor. Dioses no eran, no; mas quién sabe, quizás hubieran devenido mejor que ellos.

HERMES.- ¿Mejor que los dioses estos creídos, que eran unos míseros simios enfermizos y que levantaban impudentes las cabezas sobre las patas traseras para mirar al cielo frente a frente?
¡Lo miraron y he aquí que todos volviéronse ceniza!

PROMETEO.- Eh, no te rías, mi encadenado con oro; inmóviles los dioses al límite han llegado, y ya avanzar no pueden pero estos pobres humanos, aquí en la tierra, no habían alcanzado hasta su cima. Y de continuo esforzándose, trataban de ascender más alto y sentían terrores y dichas y amargas que los inmortales son incapaces de sentir.

HERMES.- Miserable era la raza de los hombres...

PROMETEO.- ¡Miserable es la raza de los dioses! ¿De qué os jactáis? ¡Pasará también Zeus, y otro vendrá, y después otro nuevo hasta que ya el Dios se purifique pasando por mi entendimiento y por mi corazón!

HERMES.- ¡¿Por tu entendimiento y por tu corazón?!

PROMETEO.- ¡Sí! ¡De nosotros, de mí!
¡Una fuerza siento en mis entrañas, y ella también decide sobre los dioses! Eh servidor humilde y feliz, se alzó dentro de mí la obstinación y clama. Yo, con estas mis dos manos y con carne de mi Madre Tierra, voy a crear una nueva humanidad, como la quiero: ¡libre!

HERMES.- No existe alma alguna libre en la creación, ¡salvo Dios!

PROMETEO.- ¡Ah esclavo, sábelo, un alma grande no puede sentir libertad si no hace libre a todas las creaturas!
Así trabajan las almas altivas. Tomé una decisión en lo profundo de mi ser y -queráis o no queráis- ¡yo, dioses, os!



Boletín del Instituto Nacional

enseñaré!

El botín reparte nuestro novel amo; uno toma el mar como su porción; y otro, el Hades barroso y oscuro; y otro, el sol, la luna; y otro, el rayo, el sexo, el crimen; y tú, las sandalias del emisario esclavo.

También yo tomo mi parte: ¡extiendo mi mano derecha y tomo la tierra!

HERMES.- No escuché, no, la blasfemia. La palabra que dijiste, oh insurrecto, no se la diré al Padre y Señor. Te amo demasiado y te compadezco.

PROMETEO.- ¡No quiero amores ni compasiones! Madre, oh Madre Tierra, tú eres la nueva señora; no los escuches, pues todavía no conocieron nuestra obstinación, nuestra paciencia ni cuán inquebrantable ante los rayos es la gran cordillera de nuestro espinazo. ¡Eh Madre, paciencia, que la van a conocer!

HERMES.- ¡Grave y ciega tu palabra; retírala; que al torrente del Olvido caiga!

PROMETEO.- ¡Díselo! Nos repartimos el mundo; yo tomo la tierra, el suelo, los árboles, los ríos y las montañas; ¡todos son míos! Y si de mí se apoderan la cólera o el amor y creo yo con tierra mía propia nuevos hombres, como yo los quiero los he de hacer, y no pregunto; orgullosos, rebeldes, con cuello en alto y amplia frente, semejantes a mí: ¡obstinados! Que sepa tu nuevo amo que no temo disipar toda mi energía en mis creaturas, ¡y que ellas lleguen a superarme!

HERMES.- (*A Pan y a Sileno.*) Genios de la tierra, oh raíces del suelo, que os amamantáis inmortales de la Madre, y que con temor guardáis los grandes secretos en vuestro seno, ¿no escucháis? Despegad vuestros labios, hablad. Genios míos, compadeceos de él y decidle cuán bueno es en el mundo reconciliarse.

SILENO.- Hermes captor de almas, de áureas sandalias, sí; justo es lo que dices, tienes razón. Pero el alma grande -¿no lo sabes?- ¡nunca, ¡ay!, ante la necesidad doblégase! Bien sabido soy yo, pues demasiado padecí en mi vida, pero callo; pues lo sé: ¡hables o no hables, cada uno se arruina siguiendo su propio destino!

PAN.- Un velludo centauro caprino de la floresta, eso soy yo, y he experimentado con temor en mis ancas la dura puñada, el fuego, la maldición del viejo Dios y del nuevo; pero siento a mi cuerpo como una zampoña y tañe la palabra rebelde. Hermes captor de almas, el de áureas sandalias, ¡libertad es el abismo y me gusta!

PROMETEO.- ¡Me sobrecoge el nuevo pensamiento y echan chispas las yemas de mis dedos! Mucho trabajo hay en la tierra; no tengo tiempo, como una deidad ociosa, para tejer sutiles palabras sobre libertad o esclavitud. Hermes mío, gallo recién desempollado del gallinero del cielo, hacedme la merced de desocuparme aquí la tierra; ¡pues es hora que me incline a trabajar!

HERMES.- ¿Con tierra y con agua crees que vas a crear almas inmortales? ¡Ay de ti! Profundamente guarda el Dios su secreto.

PROMETEO.- Trabajando he de encontrar el camino que también toma Dios.

HERMES.- ¡Blasfemia horrible! Ah Padre, demasiada temeridad la de su espíritu; ¡ya no puedo soportarlo y te lo voy a entregar!
(*Rasga el cielo un vasto relámpago amarillo.*)

PAN.- Movié Dios los ojos y relampaguea, y se llenó de humo la cumbre del monte. ¡Ay, otra vez comenzará a temblar la tierra!

HERMES.- Te oyó el gran leñador de los cielos y alzó su hacha relampagueante. ¡Como una encina te vas a derrumbar y rugirás!

PROMETEO.- También yo tengo un hacha: mi cerebro; ¡y veremos quién ha de abatir al otro! Anda a esconderte a tu cielo y dile: "Aquí estoy, aquí en la tierra, y estoy sentado en la piedra de la paciencia, agachado, obstinado, y trabajo." Hemos separado lo mío y lo suyo: ¡él con el cielo y yo con la tierra!

HERMES.- ¿Es esta tu última palabra?

PROMETEO.- ¡Basta!

HERMES.- ¿Percibes qué camino abres delante de ti?

PROMETEO.- Tomo sobre mis hombros el peso de la tierra. ¡Vete!

(Se va Hermes.)

TELÓN



ACTO SEGUNDO

CORO.- ¡Miedo, pavor, el rostro de la Moira y muerte su risa!
¡Un demonio lo empuja todo hacia el abismo florido y cantando, abrazados, desaparecemos!
Cambia a menudo de características y de nombres -Urano primeramente el gran abuelo, pero se sofocaba, y Cronos, insaciable, con sus barbas ensangrentadas, ¡a su progenitor abatió en el abismo!
Y cuando Zeus apareció ahora ante nosotros, magno señor del rayo, "¡Me sofoco! ¡No quepo! ¡No quiero!", le gritas, oh Gigante, ¡y te lanzas anhelando libertad!

(Prometeo se agacha, toma un puñado de tierra y la amasa.)

Buena es esta tierra para plasmar hombres; tuvo por levadura sangre de Titanes y de dioses; está llena de orgullo y de ansias.

Adelante, genios de la tierra, rápidas las manos; agachaos, juntadme arcilla y ceniza; ya no soporto más, siento dolor, no tengo tiempo. Almas desnudas brincan en mis entrañas y hacia afuera precipítanse, para vestirse con tierra.

(Epimeteo, aterrado, sale desde la caverna.)

PAN.- Ay, ahora se agarrarán los hermanos. Helo allí: como un fantasma aparece desde el antro el juicioso y pálido Epimeteo; ¡y tiembla de rabia y de miedo!

EPIMETEO.- ¡Detente! ¿Dónde vas y dónde nos llevas, insurrecto?
¡Genios buenos de la tierra, no lo escuchéis! Nos empuja al precipicio y nos perderemos.

PROMETEO.- ¿Quién gritó? ¡Ah! el gran valiente; cuando dioses y Titanes combatían, tú, acurrucado en la gruta profunda, con cobardía ambigua aguardabas a cuál vencedor ir a someterte.

EPIMETEO.- Apiádate de nosotros, no nos cojas a tu cuello.
Tienes mucho más inteligencia y valentía que yo; soy tu hermano el más pequeño, que siempre crecía a tu sombra con temor, y callaba. ¡Pero ahora voy a hablar!

PROMETEO.- Saca la voz y comienza el lamento, alma humilde, doblegada y mendiga, ¡para que oigan los dioses y te tengan piedad!
¡Qué vergüenza! ¡Mancillas nuestra estirpe titánica, azotada por el rayo!

EPIMETEO.- ¡Te aplasta una maldición de nacimiento; la luz cuando cae sobre ti se enfierece y se troca en fuego!

PROMETEO.- ¡Esta luz es la verdadera, siempre implacable, y quema!

EPIMETEO.- Por eso, tú siempre sientes dolor y aúllas; pero yo tranquila y suavemente te respondo:
Respetar los límites de la fuerza del hombre; no los pisotees. Si eres en verdad un alma generosa, te basta para laborar esta pequeña era de la tierra. Reconcíliate, rebelde, con los dioses poderosos. Dichoso aquel a quien le cupo en suerte servir a un señor mucho más alto que él. Ésta es la correcta libertad en nuestro mundo.

PROMETEO.- Con esa prudencia, jamás extenderás las fronteras de tu entendimiento. Se mueven, sábelo, también ellas y crujen en cada inspiración honda del pecho. ¡Respira profundamente, hermano, para que se rompan!

EPIMETEO.- Mal incurable, hermano, te devora y a todos nosotros nos precipitarás en el abismo.
¡Todas las cosas mides con tu propia estatura!

PROMETEO.- ¡Sólo así el mundo se elevará!

EPIMETEO.- ¿Por qué? ¡Alto es el mundo, de nuestro porte!
No vuelas como águila; inclínate al yugo; un dios ordena, obedécele. Ponte la cadena al cuello y sigue a la Moira con



paciencia y sumisión.
¡Tal es el camino de la felicidad!

PROMETEO.- ¡No!

EPIMETEO.- Siempre tú el "No" duro y obstinado lo amabas en exceso por orgullo.

PROMETEO.- ¡Palabra masculina es y me agrada!

(Se oye un trueno lejano; el cielo se oscurece, irritado.)

Eh juicioso hermano, lanzan chispas mis cabellos; percibo el rayo en el aire. La lucha no ha terminado. Lo comprendo por mi enhiesto corazón que da voces.

¡Atrás, cobarde! Vuelve a meterte en tu gruta temerosa, envuelto entre las yerbas. Creo que demasiado te apresuraste en salir y en gozar sin peligro la victoria; ¡pues la tierra todavía no se afirma, se estremece!

(Potente trueno. La tierra se remece. Despavorido, Epimeteo lanza un grito y se ovilla frente a la caverna. El Coro se dispersa por doquier, entre chillidos. Sólo Pan y Sileno permanecen impassibles. Inmenso relámpago; se vuelve a oír un potente estruendo.)

¡Truena cuanto quieras y arroja centellas; juega con esos nuevos juguetes que en tus manitas cayeron, niño mío! Mortal no soy para quemarme; no soy dios esclavo tuyo para que me atemorices. Piso la tierra con firmeza y no caigo.

Por entre las nubes me ves; chispas despide tu ojo azul; fiera o dios, qué cosa es éste -gritas- que está sentado sobre un poco de tierra, contempla el cielo y lo mide, ve el relámpago y se regocija: "¡Va a llover; van a cuajar los frutos y podré comer!" -ríe así y al trueno da bienvenida. Mala semilla; puede brotar en la tierra algún gran dios; ¡debo, pues, destruirlo!

Siempre, oh dioses, os devoró la envidia. Malignos, avaros, pusilánimes; nunca entregáis la noble merced de dar piedad a dos manos, sin pedir pago. ¡No quiero yo mercedes, nuevo Señor! Desnudo estoy; no tengo sino estas dos manos, pero no las alargo al cielo para llorarte; ¡las arrojo con impetu a la tierra y laboro las rocas!

Lo sé; no puede aún aliviarse tu potencia y hierve, y golpearás sin compasión esta mi cabeza. Lo sé. No soy ya un joven de pensamiento ligero: la guerra es dura, el camino es pesado y no entro en él, lo digo, con un corazón liviano. Pero busco libertad.

La Moira me empuja, y yo también la empujo a ella; e iniciamos los dos la terrible ascensión por las piedras. Si, sabiéndolo y queriéndolo, lanzo mi entendimiento a la tierra y tomo posesión de ella. ¡Es mía y nadie la toque!

Es mi Olimpo el suelo donde estoy asentado; no tengo necesidad de dioses.

¡Oh Madre, sólo una cosa quiero: tu bendición!

SILENO.- La bendición más grande de la Madre nunca la gozarás, Prometeo: ¡entra a su regazo y tiéndete!
Un destino inmortal te reserva la Moira, ¡ay de ti!

PAN.- Inmortal su alegría, también inmortal su dolor, ¡y le corresponde!
¡Ah Sileno, justo es que tales almas gocen y sufran eternamente!

(Entre tanto, Prometeo se agacha, besa el suelo, escucha. Pan toca un caramillo seductor. Sus hijos, animándose, reaparecen uno a uno. Prometeo se sumerge en la belleza de la tierra.)

PROMETEO.- Buena es la tierra, bueno es su semblante; bien estoy aquí, ninguna otra cosa quiero...
¿Ninguna otra cosa quiero? Se alza dentro de mí una llama insaciable y ansía coger tierra y sangre y sudor y una gota de agua fresca, para crear cuerpos rudos en las huellas de mi cuerpo.
¡Cómo hormiguean muchos hijos en las yemas de mis dedos y anhelan ver el sol!

SILENO.- Todavía es tiempo, Prometeo; soporta tu potencia no prodigada.
¡No quieras volver a traer hacia la luz feroz el triste rebaño de los hombres!

PAN.- ¿Dónde podrá cuajar la simiente sin mujer? ¿Dónde se ha de nutrir para que el hijo aparezca?
¡Todas las ánforas que portan el agua inmortal, todas las rompió el Dios!

EPIMETEO.- Agacha la cabeza, para que no se rompa. Un peñasco es el cielo azul, ¡cuidado!
¡Temeridad inmensa es ésta de crear hombres fuera del camino de Dios!

PROMETEO.- Oh manos mías laboriosas y honradas, tentáculos de mi altivo cerebro, adelante, ¡mostrad ahora vuestro señorío!
Sólo en vosotras tengo ya mi valor. Sin cuerpo y rostro es el caos -dadle vosotras nobleza; dad solidez al abismo con tierra y piedra; ¡y arrojad encima las almas, para que se enjute! Cruje mi cerebro por la mucha potencia.
Eh Pan visionario, voz embrujadora de la flauta, viejo amigo, recuerda nuestro amor y ayúdame; con la melodía acompañá a mi espíritu, para que no se extravíe -¡que el instante grave es!

PAN.- Estos mis pies caprinos, mi boca ancha de labios de cabro, mi zampoña llena de aire, y el alma mía, también ella con pies caprinos, te siguen donde vayas, mi Gigante.

(Pan tañe su instrumento; sus hijos acarrean barro, cantando y bailando. Prometeo, doblado, amasa el barro en silencio. Se oyen truenos lejanos; se van acumulando nubes oscuras; el sol se vela. Cada vez se hace más vivo el aire que toca el caramillo y el ritmo con que trabajan Prometeo y los Hijos de Pan.)

CORO.- ¡A nadie desagradamos
y cargamos barro
y piedras y hachas!
¡Somos las manos de la mente
y cogemos del cielo
los rayos azules!

EPIMETEO.- ¡Dios se ha oscurecido, el sol se ocultó! Un camino impío sigues: veo que amasas el barro con tus anchas manos; pies, manos distingo y potentes riñones de arcilla y pechos, y sobre un cuello erguido, ¡una cabeza de hombre!
¿Qué quieres? ¿Dónde vas? ¡No les darás almas!

PROMETEO.- ¿Almas?

EPIMETEO.- Aliento, para que el barro se vuelva espíritu.

PROMETEO.- Primero que se haga sólido el cuerpo, y después vendrá el alma -ya verás- a habitarlo; ¡y si no viene, por la fuerza la he de traer!

EPIMETEO.- Has penetrado en el oscuro taller de Dios; cambia de pensamiento, detente: ¡aquella es obra de Dios y será tu perdición!

PROMETEO.- Eh juicioso hermano, nuestra alma cuando labora se embriaga, desprecia a la prudencia.
No lo escuchéis vosotros, genios del mundo; amasadme la arcilla, para lograr que se yergan aquí derechas mis creaturas, para que salga el sol y las entibie.

SILENO.- ¡Ay sueños del viento engañosos! Ahora el soberbio Señor, que gobierna las nubadas oscuras, arrojará sólo dos gotas de lluvia; ¡y alegre el barro ha de volver al gran barro otra vez!

(Rompe el sol las nubes negras; caen sus rayos sobre las dos figuras de arcilla, que se yerguen derechas, inmóviles, entre las rocas: un joven y una niña. Prometeo levanta las manos y saluda al sol.)

PROMETEO.- Hermano sol, un viejo amor nos une, y siempre tú me ayudaste a cumplir cuanta obra comenzaba en la noche mi entendimiento.

Boletín del Instituto Nacional

Hoy es un gran día; arroja a estas mis creaturas tu calor, dales vida, ¡y lo que dentro de ellas coloqué haz que fructifique altivamente a la luz!

CORO.- ¡Qué fuego, qué alegría por el destino escrita, que sobre la tierra pedregosa sólo la frente indómita piense en la libertad combatiendo rebelde a los dioses! ¿Quién engendra en nuestra entraña, oh Virtud, sembrando el más soberbio pensamiento y asciende las purísimas cimas de nuestros anhelos?
¡Solamente el que despreció a los dioses!
¡Qué fuego, qué alegría es el pecado; su gracia la venero! -¡que me abra la senda de la salvación!
Mis hermanitos de arcilla, bienvenidos seáis desde el pecado!

(Prometeo se detiene delante de la estatua del adolescente.)

PROMETEO.- ¡Admiro tu cuerpo vigoroso, adolescente, lleno de flor y de espora!
Columna graciosa en medio de la luz, sostienes sobre tu crespada cabeza el cielo sobre la tierra, para que no caiga.
Columna bien enjuta, orgullosa, del joven, mantente enhiesta, ¡no te dobles!
¡Todo mi arte y mi esperanza prodigué, para plasmarte, hijo mío! Pecho amplio, para que soporten el dolor; brazos fuertes, porque pesadas serán las piedras que haz de golpear como herramientas del combate; dobles riñones, porque dulce es la fatiga de jugar con la mujer virilmente. ¡Pero es menester que sea tu frente más alta!

(Ablanda arcilla y le enalta la frente.)

Todavía más alta, amplia, grande. Aquí anida el terrible león, el entendimiento; y exige extensión y aire.

(Se acerca a la estatua de la niña.)

Y tú, lozana niña mía, eres hermosa. Levantado y terso el pecho, que un día la más elevada esperanza habrá de amamantar, el hijo. Pero aún más amplias me gustan las caderas, abovedadas, hospitalarias: ¡aquí se alojará el magno huesped!

(Enancha las caderas de la niña; acaricia quedamente el cuerpo femenino.)

Dulzura y obstinación, paciencia, señora mía, en el trabajo de la vida cotidiana: lágrimas, juegos, astucias y palabras dilas en voz baja en la noche invenciblemente.
¡Madre, señora, compañera, mujer, he aquí que bien armada te lanzo a la batalla!

EPIMETEO.- *(Riendo sarcásticamente.)* Con barro erguido se ufana el ojo turbio del Maestro Primero; pero yo admiro la santa paciencia y la sabiduría de los inmortales. Cómo juegan armónicamente con la luna y -cual discóbolos- disparan el sol, y envían las lluvias para amamantar las semillas infantiles en el suelo.
Aire, Tierra, Mar y Llama, las cuatro nobles potencias, y sus cuatro corceles arrastran su carruaje por el éter fructífero.
Y tan poderosos nobles son los dioses, que aún pueden alcanzar hasta la cumbre de la fuerza, que más alto no tiene: poner freno a su potencia. Y mirad, ¡no aceptan arrojar el rayo a este apóstata!

SILENO.- No te apresures. Los dioses -bien los conozco- odian intensamente el ojo de la virtud, que los ve desde la tierra con toda claridad. Vendrá sin duda el tiempo en que éste será también cegado.

PAN.- ¡Eh muchachos, no déis oídos a los ancianos! Como un cabrito, salta y baila en el cuello, en el cerebro, en las caderas, vuestra sangre tibia y juguetona.
Eh hijos míos, tienen frío en el barro estos hermanitos de arcilla; besadlos boca a boca y suavemente pronunciad sus nombres; ¡como una mujer, el alma espera una voz tierna, para despertar!

(Los hijos de Pan se abalanzan en círculo a las estatuas, las abrazan, las besan y danzan en torno de ellas.)

CORO.- Pálidos hermanitos nuestros recién nacidos, con los graves párpados cerrados, frente a la oscura caverna: excesiva es mi fuerza, ¡tomadla y abrid vuestros ojuelos para que de sol se inunden!
Os extendiendo la mano; despertad ya desde el barro: ¡buena es la luz, bueno es el beso y buena la brisa fresca!

Boletín del Instituto Nacional

PROMETEO.- Tiendo mis manos y te bendigo.

¡Con cuánta alegría sorbes los primeros rayos del sol, terrosa obra mía amada!

Lo sé, cruel es el mundo; con muchas amarguras, alegrías efímeras y sudor muy salado ganarás tu pan. Mas no temáis, que yo he hundido en vuestra entraña dos terribles potencias: el orgullo feroz y la obstinación. Y ascenderéis íntegra la subida que va del animal al hombre.

(Se detiene delante de las estatuas y las acaricia.)

Nunca a ningún dios me sometí, ni en la tierra, ni en el cielo ni en el Hades; como si guardara en estas manos y en el pecho la fuerza sagrada que crea y descrea las deidades.

Frente al recién nacido, empero, palpita mi corazón con oculto respeto, con temor. No es esto un cuerpo -sino un mundo entero, con los montes, las selvas, los ríos y los dioses, y juega.

¡Ah, abre tus labios, hijo mío, y di la gran palabra, la primera, que rasga serenamente las dichosas entrañas del progenitor; ay, di "Padre"!

(Aguarda con angustia. Pega sus labios a los labios del joven y le insufla su hálito. Silencio. Se escucha, sibilante, la risa burlesca de Epimeteo.)

EPIMETEO.- En vano aplicas tus labios para calentar los labios de arcilla. Sopla tu aliento cuanto quieras, inclinado sobre sus bocas, sus narices, sus oídos, y coloca tu corazón sobre el barro. ¡Falta el alma y el barro sigue siendo barro!

SILENO.- Sólo Dios guarda almas y las dispone. Nosotros guardamos la arcilla. Sólo el rayo, el pájaro divino de la llama, ¡ay con mis ojos lo vi! -sé que puede dar vida al barro. ¿Mas quién se atreve a alargarle la mano?

PROMETEO.- ¡Tu palabra hendió mi entendimiento, como un relámpago!

(A Epimeteo.) Sí, sí; bien lo dices, correctamente, hermano mío: ¡no cae sólo como una luz la íntegra verdad, sino también como una llama que en mi interior me quema!

Ah viejo Sileno, dílo otra vez: ¿el rayo, el rayo solamente puede encender un alma dentro de los cuerpos?

SILENO.- No avances más allá y no sigas preguntando; una fiera oscura es el secreto del mundo, ¡y ay del espíritu que lo toque! No extiendas la mano: sobre el abismo, colgado por siglos, gemirás.

PROMETEO.- ¡Colgado por siglos que gima! Sólo para dar vida a la arcilla, vida y libertad al barro de la tierra. A favor de vosotros, oh mis hijos de arcilla, voy a cortarles las alas al rayo.

SILENO.- No te vuelvas contrincante de los dioses, hijo mío; detente al borde del abismo.

Grave falta es que quieras crear almas. Sólo el Dios lo puede: ¡apártate!

PROMETEO.- Bien estoy aquí, en la orilla del abismo; sólo aquí me agrada combatir. He de encontrar, trabajando, el gran secreto: ¡que el barro se troque en alma!

SILENO.- Tres grandes pisos el mundo posee, y cada uno tiene su secreto.

PROMETEO.- Tres pisos siento yo también dentro de mí -riñones, corazón y entendimiento- que como torre me forman. ¡Habla, viejo Sileno, sin temblar!

SILENO.- No tiemblo. Lo diré, ¡y que nos derrumbemos todos!

En la baja raíz, están los animales, amasados sólo con tierra y agua; en el medio está el alma del hombre, una chispa del rayo celestial, que arde en el hogar terroso de su pecho; y sobre la cima cimera del mundo, resplandece Dios, ¡el rayo puro!

PROMETEO.- Anciano, ciego y sabio genio de la creación, tus palabras cual relámpagos me abren una senda.

La ruta del Dios he de seguir, depositando del rayo la simiente en el barro, a fin de que eche brote la libertad. Tú la



llamas rayo y yo, alma.

SILENO.- Hijo mío, no busques dar dones excesivos a la tierra: ¡no lo soporta! Cadena muy pesada es la libertad. Y una suave voz escucho por sobre ti: "Prometeo, ¡cae y sométete, si quieres que dé un alma a tus creaturas!"

PROMETEO.- ¡Jamás! ¡Prefiero que se abatan hacia atrás, al oscuro turbión de lo inexistente!

EPIMETEO.- ¡Ah, no lo digas; blasfemas, insurrecto; el más grande bien es que vivan!

PROMETEO.- ¿Esclavos?

EPIMETEO.- ¡Que vivan!

PROMETEO.- ¡Ah, ya adivino la astucia del nuevo amo en tu voz sibilante! ¿Esclavos?

EPIMETEO.- ¡No me preguntes! Con el amor, con el trabajo, con el alimento, con el sueño, también a la esclavitud suavemente se van a acostumbrar.

PROMETEO.- ¡Jamás, jamás! ¡Yo y éstos mis hijos de arcilla, nosotros solos, hemos de combatir, erguidos, con obstinación, sobre la tierra!

EPIMETEO.- ¡Amor!

PROMETEO.- ¡Libertad!

SILENO.- Se estremece la corteza de la tierra, el sol se ha ocultado, y percibo el salvaje hálito del rayo en el aire. Cumbre de la tierra, ¡ay!, demasiada estatura tomaste, ¡y el rayo se abatirá sobre ti!

PROMETEO.- ¡Extiendo mi mano derecha: que se abata!
¡Comprendo ahora el secreto del mundo!

PAN.- ¡Buen espíritu, no vayas, no vayas más allá!

SILENO.- Recuerda, en el abismo, colgado gemirás por miles de años, oh rebelde. ¡No alargues al rayo tu mano!

PROMETEO.- Sabiéndolo, sí, extiendo mi mano, ¡que hermanos son el pensamiento y el rayo!
Con cerebro claro y duro elijo la ruta terrible de la libertad.

SILENO.- Siento el rayo sobre ti. Di una palabra de amor para reconciliarte.

PROMETEO.- ¡No!

(Espantoso trueno; cae un rayo y arde el olivo silvestre, delante de la gruta. Todos se dispersan y se cubren los ojos, gritando. Prometeo se precipita al olivo que arde y le arranca una rama encendida.)

CORO.- ¡Ooh! ¡Ooh!

PAN.- ¡Tiene en las manos la llama del cielo!

EPIMETEO.- ¡No! ¡Hermano mío no eres, lo niego! ¡Nunca lo he visto, no lo conozco!

SILENO.- Empujaste a la Moira, la despertaste, y ya no esperes que tenga clemencia contigo. ¡Todo el amargor de la virtud ha de beber!

Boletín del Instituto Nacional

PROMETEO.- Pan, hermano mío, no te acobardes. ¡Los dos ataremos la llama, para que no se marche! ¡Ayúdame y formemos almas con la tierra!

PAN.- ¡Tengo miedo!

PROMETEO.- Para aquí dos piedras, trae palos y amontónalos, haz un hogar para hundir en él el rayo y que no se apague.

PAN.- ¡Oh, no puedo! ¡Tiemblo ante el fuego divino!

EPIMETEO.- (A Pan.) ¡No vayas, no vayas, que la llama te va a calcinar!

PROMETEO.- Eh, yo solo entera sobre mí he de tomar la falta –si falta fuera. Que nadie se me acerque. ¡Yo solo!

PAN.- ¡Por sus hombros, su barba, sus axilas, silbando se desliza la sierpe del fuego y lo lame y lo va a devorar!

SILENO.- No te conduelas de él. Déjalo; lo cogió la rueda de la Moira y no puede salvarse. No vayas cerca. Ciega es, furibunda, tiene mil manos, se vuelven vertiginosas ¡y una de ellas te dispersará hecho pavesas!

CORO.- ¡Ooh, ooh!

¡Con gran temeridad

coge del cuello

al pájaro divino!

Chilla roncamente,

las plumas se le caen,

pero, implacable, ¡él lo aprieta!

PAN.- ¡Con fuerza lo oprimió contra las rocas! Resopla, se retuerce, silba; pero él le arroja atados de ramas secas, para que las devore, para que se extienda y no se marche.

PROMETEO.- ¡Fue cogido el Dios aquí en la tierra, en las rocas!

Tiempo es que a nuestro servicio entre también él, trabajador también como nosotros y al mismo tiempo señor.

Adelante, obrera mía, llama celestial cae sobre mis hijos de arcilla, aparta el barro ¡y arrójales una feroz chispa inmortal en las entrañas!

(Prometeo toma un palo encendido, corre donde las figuras de arcilla, las unta veloz y ávidamente con llamas. Las mira con angustia. Poco a poco comienzan a cobrar vida, empiezan a respirar, suspiran, mueven los párpados, agitan las manos, dan un paso trastabillando.)

CORO.- ¡Oh alegría! ¡El alma dio movimiento al barro, y descendió el ave salvaje –el milagro– hasta la tierra! Miren a nuestros hermanitos amasados en arcilla; ¡mueven las manos, los párpados y abren y cierran los labios!

¡Una nueva humanidad!

¡Venid, hermanos míos, a jugar, a que bailemos en las negras rocas y en el nuevo verdor!

PROMETEO.- ¡Se movieron! Abrieron los ojos, y ya dieron los labios el primer saludo a la existencia con un gemido.
¡Bienvenidos desde el seno de la esclavitud, desde los brazos de la inmensa noche, libres, llenos de luz, oh hijos míos!
Abrid vuestros ojos, mirad: esta es la tierra, vuestra madre, hijos míos; ella vuestra casa, vuestra cuna y vuestra tumba. Todas las amarguras y las felicidades las habréis de hallar en su verde regazo, y no tenéis necesidad de tender, como mendigos, vuestras manos potentes al cielo.
Tierra es el corazón, y aquí sobre esta tierra él hallará remedio para todos los deseos.
¡Oh cuerpos de arcilla, almas flamíferas, comed y bebed, haceos el amor, tomad con mi bendición del mundo posesión!
¡Y vosotros, oh velludos genios de la tierra, que conocéis todos los sagrados vericuetos, a vuestros nuevos hermanos tomad y mostradles todos los grandes y los amargos secretos del cosmos!



Estos son ya los soberanos de la tierra; paseadlos con respeto por su nuevo reino, ¡herencia paterna!

(El Coro rodea gozoso a los dos hombres recién nacidos, los abraza, los ayuda a caminar, les da agua para que tomen; saltan, rien, se adornan con flores, bailan con ellos.)

CORO.- Esto se llama piedra, esto se llama tierra, y eso que trina por el suelo le dicen agua. Agáchate y pon sobre ella la boca y verás que tus huesos se llenan de un gran espíritu fresco.
Salta sin temor; tu cuerpo es arcilla pesada; pero en verdad yo vi una llama sola coger tu cabeza y saltar en tus brazos, en tu pecho, ¡y a ella le dicen alma!
Varón y mujer, vosotros dos, uníos aquí abajo en la yerba: ¡ay qué dulce embriaguez!
Beso le dicen, no llores: en nueve lunas haz de dar a luz un hijo, que extenderá sus alas a oriente y occidente.

(Prometeo los mira con emoción y los admira.)

PROMETEO.- ¡Hijos míos, que bendecido siempre sea el sudor de vuestro esfuerzo y vuestra dicha!

SILENO.- Estirpe del hombre sembrada en el viento, figura ilusoria de la tierra empapada, sales al rocío y sopla la gota de una brisa y ¡ay te deshace!
Ya levantóse un airecillo, ¡y oh!, unas alas golpearon mis oídos y siento un aliento enfurecido.

(Llega Hermes irritado; aparta violentamente a Pan y a Sileno, que corrieron a recibirlo; golpea con el báculo en el suelo.)

HERMES.- Uno es el señor en la tierra y en el cielo; uno es, y no acepta compartir nada: el magno espíritu que venció al Caos y encadenó a las potencias ciegas y que, cual un rayo, sostiene en alto la Ley.
¿Quién pretendió resistir su poder?

(Mira a su alrededor, encolerizado; sus ojos se clavan en Epimeteo.)

EPIMETEO.- ¡No soy yo, te lo juro, no soy yo! Siempre fiel esclavo de la Moira, inclinado venero a los nuevos señores. No soy yo quien levantó cabeza; no soy yo, no me mires; ¡ahí está!

PROMETEO.- *(Se levanta desde el hogar donde alimenta las llamas.)* ¡Yo!

HERMES.- Cierro los oídos. Tiempo es todavía que retires tu palabra atrevida. ¡Bueno es Dios y olvidará!

PROMETEO.- El injusto olvida; le gusta. Pero el que sufrió la injusticia guarda insomne su recuerdo y otro bien no posee.

HERMES.- Tu destino ciegamente veo que te empuja. No tienes salvación —y ya no opongo resistencia. ¡Que se haga su voluntad! Desde la altura ha divisado el Dios entre las piedras un destello que en vigilia continua se estremece —su hija terrible, la llama. Se agitó su furor entre sus cejas y cogiéndome con ira por el cuello, me lanza sobre ti, ¡oh apóstata!
¿Dónde encontraste y cómo esclavizaste en el hogar al secreto pájaro divino, que sólo se posa en el puño de Dios, como suyo propio?

PROMETEO.- ¡Lo encontré y basta!

HERMES.- ¡Lo robaste!

PROMETEO.- ¡Lo tomé! Se me abalanzó, combatimos, golpeaba sus alas rojas para quemarme; saltaba en mi cuello desde mi cabellera y graznando me desgarraba el pecho; se deshacían sus alas y me quemaban las yemas de los dedos y, ¡mira! los talones.
Pero yo lo cogí con fuerza por las patas y lo arrojé por tierra, y lo cerqué entre unas piedras y le di de comer. ¡Con mi brazo, con mi propio brazo lo cogí!

(Se oyen risas y voces. Hermes se estremece, sorprendido.)

HERMES.- ¿Qué son esas risas y voces?

PROMETEO.- Hombres.

HERMES.- ¿Hombres? ¿Dónde fueron hallados, dime? ¡A todos les dio la muerte Dios, el juez justiciero!

PROMETEO.- Mientras la tierra tenga arcilla y mientras en el aire lleno de simientes sople el espíritu, brotarán hombres de la tierra.

(Se oyen voces humanas cada vez más cerca.)

HERMES.- ¿Qué dicen?

PROMETEO.- Cantan.

HERMES.- ¿Qué canciones?

PROMETEO.- Cantos de libertad.

HERMES.- ¿Y sobre los dioses?

PROMETEO.- Nada han sabido.

HERMES.- ¡Sobre los dioses que gobiernan el mundo!

PROMETEO.- ¿Sobre qué dioses? Cuando abrieron los ojos vieron sólo la tierra y el sol y ante ellos a su padre de pie todavía, con sus brazos embarrados.

Se calentaron al sol, se agacharon, tomaron agua, se refrescaron y tendieron las manos, agradeciendo al padre, a mí. Y no conocemos otros dioses

HERMES.- ¡Un crimen sobre otro crimen acumulas, rebelde!

Ya no puedo soportar. Me ahoga el horrible hedor de la tierra. Voy a subir al cielo a informar sobre estas impías vergüenzas; y entonces, hermano desdichado, ¡no te salvas de hundirte en el Hades!

PROMETEO.- No me hundiré; no te alegres. Me gusta luchar a la luz valientemente.

(Hombres e hijos de Pan se persiguen riendo y rodean a Prometeo.)

LA MUJER.- Padre mío, sed tenía y agua fresca tomé, ¡y estaba muy buena!

EL VARÓN.- Y yo tenía hambre y comí dulces frutos de los árboles, y se gozó mi garganta. ¡Buena es la tierra; te doy gracias, Padre mío!

LA MUJER.- Bailamos velozmente los dos, pecho con pecho, boca con boca, y donde pisábamos las piedras florecían. Yo me llamo mujer y éste se llama hombre.

PROMETEO.- ¡Oh barro, barro y fuego, hijos míos!

(Se acercan sin miedo a Hermes el Varón y la Mujer. Quieren tomarle el báculo y desatarle las sandalias. La niña le corta un ala del calzado derecho, la clava como adorno en sus cabellos y se aleja corriendo. Hermes levanta su cayado)



y la persigue, cojeando. Prometeo estalla en risa.)

¡Regresa al cielo y dile a tu amo cómo te desplumaron mis hijos! Discúlpalos, Hermes, no te enojés. Mira, recién nacieron y no saben qué venerable ave sarcófaga y de mal agüero es un dios, y lo despluman sin miedo. Bien comienzan; ¡que tengan mi bendición!

HERMES.- Al cielo me vuelvo, ay de ti, y todo le diré a mi Señor...

PROMETEO.- Del todo abierta está ante él la tierra a los cuatro vientos y yo trabajo al descubierto, a la luz.

HERMES.- ¿Guerra quieres tú?

PROMETEO.- No. Libertad para trabajar tranquilo aquí en la tierra.

HERMES.- ¿Libertad? ¡Fuego en tu cabeza!

PROMETEO.- Así responden los dioses, sin respeto, al más hondo anhelo de nuestros corazones. Pero la injusticia crece, y algún día también ellos caen al tártaro de nuestro espíritu. ¿Inmortales los dioses? Pregunta a Cronos, a Urano, los viejos dominadores del cosmos. ¡Llegará, llegará también el turno del nuevo!
¡Llegará, dioses, el día en que os he de arrojar a los tártaros sagrados de mi entraña, como vosotros a la entraña de la Madre precipitásteis a mis pobres hermanos, los Titanes!
¡Eh esclavo, adelante! Sube a tu Olimpo y dile claro y cortante a su nuevo señor:
Aquí estoy yo, sobre la era terrenal, en mi casa, y no quiero la guerra; ¡pero si baja él a la tierra lo voy a combatir!

HERMES.- No solamente como un rayo desciende el Dios a la tierra, sino también como miel. ¡De su horrendo fuego o de su beso un día, lo verás, no podrás salvarte!

(Hermes desaparece. Comienza a caer el crepúsculo. Sombras azuladas y rosas suavizan las montañas y el mar. Panteña el caramillo dulce y seductoramente. Prometeo se sumerge en la belleza de la tierra.)

SILENO.- ¡Grave es esta palabra del Dios! Temo a su rayo, yo lo he visto. Pero mucho más aún temo a la noche, su oscura caricia engañadora. ¡Pues toma él con astucia a tal hora el aspecto que anhela, muy ocultamente, nuestro corazón!

(La pareja recién creada se acerca abrazada a Prometeo.)

EL VARÓN.- Padre, nos vamos; ¡adiós!

PROMETEO.- ¿Dónde vais?

LA MUJER.- No sabemos; ¡a jugar! Una cabaña en la soledad vamos a construir para habitarla.

PROMETEO.- ¿Y no tenéis miedo de las fieras?

LA MUJER.- Junto a él, ni a fiera ni a dios temo. Nos abrazaremos los dos en nuestra choza, y todo el mundo, Padre, se apaciguará.

PROMETEO.- ¿Y no sentís dejar a vuestro padre?

EL VARÓN.- Tanto se multiplican la alegría y la fuerza al tocar, Padre, esta tierra, que sólo una cosa anhelamos los dos: marcharnos y quedarnos solos.

PROMETEO.- Extiendo a vosotros mis manos, os bendigo. Pero tomad antes de partir fuego del hogar paterno, una chispa para vuestra compañía. ¡Guardadla siempre en vigilia entre las piedras y alimentadla con ramas, y que no deje nunca de

iluminar y de entibiar la virtud y la vida del humano!

Venid, arrodillaos: ¡mi bendición! ¡Amor, dolor, sudor fecundo, paciencia, obstinación y orgullo, son vuestra dote, humana pareja!

Y cuando venga la muerte, no temáis. Esclava también ella, entrará a nuestro servicio, abriendo la senda para que pasen las generaciones nuevas, los hijos y las hijas.

LA MUJER.- Dentro de mí ya el hijo murmura: "¡Abuelo!"

PROMETEO.- Y yo le digo: "¡Nieto mío, soporta firme la tierra, para que no me avergüences!"

EL VARÓN.- (*Riendo.*) No te preocupes: ¡éste será mejor que nosotros!

PROMETEO.- ¡Adelante! ¡Marchad con buena fortuna, hijos míos!

(*El Varón y la Mujer, tomados de la mano, se van. Prometeo los sigue mientras se pierden, subiendo, entre los roqueríos.*)

TELÓN



ACTO TERCERO

PROMETEO.- ¡Comienza la magna ascensión del hombre, la peregrinación interminable hacia la cumbre! Palpita dulcemente el corazón, se serena mi espíritu. Luché y vencí; y perdóname, ahora, indomeñable alma mía, que también yo haya deseado sentir una gota, una gota solamente, de alegría humana.

(Detrás de Prometeo aparece hermosísima, adornada con flores, una mujer, Pandora.)

PAN.- ¡Oh Gigante, padre de los hombres! En el azuloso atardecer vibra un árbol esbelto, todo florecido, y mueve hacia ti los ramos. ¡Muy astuto es el Dios, ten cuidado!

SILENO.- Contenedme, muchachos; vuelve otra vez a la tierra el aroma de la carne. No es éste un árbol en su flor; no es esto un fresco mar. ¡Es perfume, oh Dios, de seno femenino!

(Prometeo se vuelve y ve a la mujer que se le acerca.)

PROMETEO.- ¿Es un sueño esto que pasa delante de mí?
¿O golpeó Dios mi entendimiento con un rayo dulce y muy embriagador?

(Tañe Pan la zampoña; la mujer canta.)

PANDORA.- No sé cómo, no sé por qué,
pero se goza mi corazón;
¡a todo el mundo sostengo
como a un niño en mi regazo!

PROMETEO.- ¡Tanta hermosura, alma, nunca contemplaste, jamás escuchaste tal voz!
Mujer es, y sobre ella la tierra, acariciante envuelve. ¡Madre, creo que me envías tu bendición!
¡Démosle la bienvenida como corresponde a una gran potencia florecida! Señora, penetraste a mi desierto salvaje, como agua fresca que juega deslizándose. ¿Quién te envió y qué maravilla es ésta?

PANDORA.- No sé de dónde vengo ni para dónde voy. He aquí que me encontré en el aire perfumado; una alegría misteriosa sobrecógeme; mi pecho palpita al sol; y subió de improviso a mis labios una canción dulcísima que no puedo soportar.

(Vuelve a cantar y Pan tañe su instrumento.)

¡No sé cómo, no sé por qué,
pero se goza mi corazón;
¡a todo el mundo sostengo
como a un niño en mi regazo!

PROMETEO.- ¡Canto más manifiesto, más secreto y más encantador no fue nunca entonado por garganta y por entraña humana!

PANDORA.- Otra melodía no conozco; ésta subió a mis labios y brotó.

EPIMETEO.- *(Que se ha ido aproximando a Pandora con ansia.)* ¡Ah, por años, mujer, te esperaba!
Creo que guardas todos los dones de la tierra, dichas, amargas e hijos e hijas, ¡en el pecho, en las caderas, en la garganta!

PROMETEO.- ¡No extiendas las manos, hermano mío! Presente espléndido me envía a mí la Madre, para que repose del combate. Grande peligro pasé, y bien me corresponde.

EPIMETEO.- Presente mío es; me lo envía el nuevo Señor, como recompensa tres veces sagrada para mi prudencia, para que hijos

siembre yo en la tierra que se me asemejen.

PROMETEO.- ¡Mía es! Terrible sed mi corazón tenía; ¡también he de beber yo agua para refrescarme!

SILENO.- Ahora los dos hermanos como leones ante una fuente de agua se golpearán: ¡salud, mujer, flor del abismo!
No, no eres tú flor del abismo; eres el mismo precipicio, ¡y que nos derrumbemos todos!

EPIMETEO.- Inmortales -clamo a vosotros-, escuchadme, concededme que en la noche fecunde este cuerpo puro entre mis brazos; ¡y juro que nuevos hombres brotarán que se inclinen sumisos a la tierra y que miren al cielo sin temor!
Sí; también yo busco libertad y la encuentro sirviendo vuestra Ley.
Y tú mujer seductora de túrgidos pechos, que todos los dones de nuestra carne guardas y plenos están de hijos tus senos, con él no vayas; el Dios lo maldijo con ira; y ya -helo allí- ¡hendió las nubes y sobre él se precipita el rayo!
¡Ven, y hagamos los dos hijos tranquilos y buenos, y el mundo ha de hallar serenidad en la mano de Dios!

PROMETEO.- Justo y mesurado lo que dices, hermano; mas si te hubiera escuchado el alma grande, aún se arrastraría por el barro cual gusano, sin esperanzas de nunca tener alas. ¡Y para las alas nació el mundo!

EPIMETEO.- ¡No! Alas nosotros no queremos, rebelde; sin ellas nació la Madre Tierra, para dar a luz doblada, y después volver a tomar en su seno materno a sus hijos y deshacerlos lentamente.

SILENO.- Por las grandes cuestiones disputan los varones; que por qué y cómo nació el mundo. Pero entre ellos surge la mujer y de prisa entreabre las rodillas.
¿Por qué y cómo nació el mundo? ¡En medio de sus rodillas lo hallaréis!

PANDORA.- (*Mirando con pasión a Prometeo.*) Me he cansado. Demasiado largo es el camino; parto con luz y llego oscuro; ¡y cuánto temo, ay de mí, la soledad!
¿Quién eres tú? Y de dónde este milagro con cuerpo vigoroso, como me gusta, apareció ante mis brazos, ¡cuando comenzaba a aplastarme la pena de la soledad!
Por ti vine hacia acá, por ti nací y me adorné; y siento ahora infinita dicha de la tierra en mis entrañas, y de mi entraña sube veloz a mis ojos y a mi llameante boca.
¡Por vez primera, nace el mundo ante mí!
¿Oh, qué es esto?

PROMETEO.- Es piedra.

PANDORA.- ¿Y allá abajo esa fiera oscura que espejea?

PROMETEO.- El mar.

PANDORA.- Y tú, ¿un dios?

PROMETEO.- No lo sé. Dios, Titán y hombre se intercambian a menudo en mi pecho, adversarios y amigos.
No me preguntes: contemplo la tierra y un amor me sobrecoge como si fuera su esposo, y deseo engendrar muchos hijos con ella; soy una magna fuerza masculina.

PANDORA.- ¡Tómame!

PROMETEO.- Ah, en sus sencillas palabras distingo la maestría, la astucia y el saber de Atenea; y también a la tersa diosa del amor la diviso posada en su seno florecido, abierto como el abismo.
Temo que la hayan adornado todas las Gracias para paralizar el espíritu altivo: la risa, la sonrisa, su mirar, la ondulación de su cuerpo y el seno ardiente, que se yergue túrgido y combate a los hombres... Alma, señora mía, trampa tejida con flores te coloca el nuevo y malvado Señor.
¡Este es un nuevo rayo, mucho más horrible que aquel otro, ten cuidado!

EPIMETEO.- ¡Una fiera salvaje en sus ojos brilla; concededme, mis dioses, que yo la domeñe!

PANDORA.- *(Arrojando sus brazos eróticamente en torno de Prometeo.)*

No soy yo una fiera, no soy yo una fiera, no soy un abismo; soy una débil creatura y tengo frío; a la soledad le tengo miedo: ¡no me dejes!
¡No lo sé, pero creo que una dulzura excelsa puedo darte, varón, en la noche!

EPIMETEO.- No le hables. Voló ya su pensamiento lejos de ti. ¡Combate con los dioses y no te aprecia, señora!

PROMETEO.- Cuerpo de mujer, tersa maravilla, muy intensa es -lo percibo- la dulzura que puedes y quieres dar. Nuestra fuerza, nuestro orgullo y nuestra ira puedes, sonriendo, serenar, y apagar, inerte, el rayo en los recién plasmados pechos. ¡No quiero!
No extiendas, hermano mío, tu mano sobre su cuerpo; ¡celada es del Dios y nos va a coger!
Temió Zeus a los hijos del rayo y envía ahora esta carne para que hagamos hijos a su agrado: ¡esclavos!

EPIMETEO.- Mujer, alargó a ti mi mano, y si a engañarnos Dios te ha enviado, mil veces bienvenida. Por la dulce senda de la carne, con beso se habrá de renovar el mundo.
Deja a éste que luche por abrir nuevos caminos impíos en la vida. Cuerpo, alma, libertad y amor: todos mis deseos tú los sacias.

PAN.- Se está en el medio la mujer y arroja ocultas miradas, sopesando a los varones; si tomar al feroz y desdeñoso, o caer en los brazos del manso.

SILENO.- Callad, genios. ¡Grande es el momento! Elige ahora al padre de su hijo.

EPIMETEO.- Escoge: dos hermanos somos.

Con ése no conocerás reposo; como a lebrela el cazador, te ha de arrastrar eternamente por los precipicios, olvidando que posees dos pechos llenos de leche.
Conmigo, en cambio, gozarás las alegrías cálidas, sagradas y apacibles del humano.

PROMETEO.- Mujer, tierra muelle, engañosa, antes que abras tus rojos labios, comprendo qué padre elegirás para tus hijos: prudencia y seguridad quieren las madres.
Libre te hizo la Moira; guardas al hijo, que es peso grande: ¡toma el camino parejo de la madre!
Por un instante mi alma se encantó: también anhelé yo la dicha y la felicidad del mundo. Perdóname, pero al punto levantóse el jinete interior, Prometeo, el gran místico, con su fusta que no duerme, y me grita: "¡Adelante! Tiempo no tienes, perezoso, para prodigarte en dulces alegrías. ¡Mucha es en la tierra la labor, y no alcanzas a realizarla!"
¡Oh hija del cielo. Llama mía, tú debes ser mi mujer - colaboradora, mujer, señora mía: contigo he de vencer la oscuridad, las alimañas salvajes, el hielo, el hambre; contigo he de vencer también la dulzura, la dicha, la felicidad del hombre!
Haremos hijos que sean los guías de los batallones de arcilla de los humanos. Y todos juntos, hijos y biznietos un día armados y subiremos al cielo, y -enhiesta, con la cabellera desplegada, vengadora- tú, oh Llama, haz de abrir el camino. ¡Porque lo sé, ha de llegar también el turno nuestro!

PANDORA.- *(A Epimeteo, tendiéndole los brazos.)* ¡Ven!

EPIMETEO.- ¡Conceda la Moira que nuestro beso cree una humanidad muy dulce!

(Se van abrazados y se pierden tras los roqueríos. Prometeo los mira en silencio. Trata de ahogar un suspiro. Levanta las manos.)

PROMETEO.- ¡Otra alegría no quiero, ni debo aceptar!

SILENO.- Eh genios velludos del agua, golpead vuestros pies en las piedras con aullidos, rugidos y ladridos, para no oír sus dos

Boletín del Instituto Nacional

cuerpos sembrar humanos en medio de la oscuridad.

PAN.- ¿Qué es esta inmensa maravilla? No puedo soportar y la alegría me ahogará. Se vuelven a unir las carnes en el suelo; vuelve a abrir la mujer el seno -¡ahora muere el señor Muerte!
Adelante, mis genios, alzad vuestras caudas y cantadnos la canción de las bodas -¡que nosotros también una gota de miel gustemos!

CORO.- ¡Una flor negra envenenada,
mas no me importa!
¡Que dentro le ha puesto Dios
una gota de miel!
¡Una gota de miel y un hijo,
salud y dicha para él!
¡Y que al Dios, la nueva fiera,
derrumbe abajo!

(Se oye una voz profunda y desesperada. Se corta el canto.)

VOZ DE LA MADRE.- ¡Hijos míos!

PAN.- ¡La madre en su profundo antro habrá husmeado el peligro y sale, tentando las piedras con temor!

SILENO.- Un olor acre de tierra recién cavada golpea mis narices; siento a la Madre con sus amargas hierbas en sus cabellos.
(Aparece la Madre, muy anciana, ciega.)

MADRE.- ¡Hijos míos!

PAN.- Adelante, Hijos de Pan, corred con respeto y sostenedla, que no se derrumbe. ¡Es la desdichada Tierra, la Madre!

PROMETEO.- ¡Me inclino y venero tus pies ensangrentados, llenos de lodo, Madre! Te toco y tu cuerpo anciano como una caña tiembla y se rompe. Ah, mantén erguida la altivez, oh madre; un solo hijo te queda, pero él basta para volver a traer la virtud a la tierra y mantener en alto y honradas tu nobleza y tu santa vejez.
Ven, que te encendí fuego en el hogar. Por fuerza lo tomé del Dios, no tiembles, en favor tuyo, oh Madre. ¡Ven a que se calienten tus rodillas!

MADRE.- ¡Cómo pudieron estas entrañas, hijo mío, sacar tan terrible insurrecto! Yo, inclinada sobre las raíces de las yerbas, veo las injusticias, las deshonras, los crímenes, con temor de Dios, y muda lloro mis hijos asesinados. ¡Y ahora tú lanzas un gran alarido!

PROMETEO.- ¡Sacó ya el alma voz; grita!

MADRE.- ¡Calla, que te oyó Dios, hijo mío! Despidió humo su mente, y el águila de la venganza se alzó dentro de él. ¡Tomó una terrible decisión, y ahora, temblando, te traigo yo la nueva!

PROMETEO.- Que sea bienvenida, que la espero erguido. ¡Que sea bienvenido el feroz mensaje!

MADRE.- Grande temeridad fue la tuya, hijo, en el momento en que se hacía sólido en la tierra el orden celestial y las cosas entraban bajo el yugo, el que tú levantarás la cabeza para desuncirte.
Mucho te amó el Dios, pero ahora se indignó mucho contigo, y alza la mano para destruirte sobre los peñascos!

PROMETEO.- Y yo las manos extendiendo por los peñascos, para cogerme con obstinación y echar raíces. Hijo tuyo soy, no temas; ¡y te guardo y tú me guardas eternamente!

MADRE.- ¡Ay! ¡Ay!



No te ufanes, hijo mío; que el Dios se venga y no perdona jamás. Abro mis ojos sin sol y avizoro: en el Cáucaso, ¡ay!, en los picachos nevados, diviso un cuerpo gigantesco enclavado.

PROMETEO.- ¡Y yo veo en mis manos, en mis pies, sus garras ensangrentadas y sus clavos!
Desde el instante en que me sublevé, fui clavado a la roca de la Virtud. Todos los venenos he de beber, lo sé.

MADRE.- ¡Se estremece la montaña de raíz y se llena de bruma! El sol se ocultó para no ver, y allá desde lo alto de las nubes un águila inmensa que se agita hambrienta...

PROMETEO.- Madre, ¿por qué te detienes? El que mucho bien hace, lo sé, mucho paga.
Preparado estoy. ¿Qué ves en el éter, Madre, que tiembles?

MADRE.- Hijo mío, el buitre feroz golpea con el pico, con las garras; vuelve a golpear y rompe tu costado y hunde el pescuezo profundamente en tu carne.

PROMETEO.- ¡Sigue!

MADRE.- Todas tus valerosas entrañas las desgarras con furia y las devora, bocado a bocado, y por doquier picotea, no vayan a quedar hígado, riñón o corazón.

PROMETEO.- ¿Y yo?

MADRE.- ¿Por qué me preguntas?

PROMETEO.- Y yo, dime, ¿lanzo gritos o callo soberbiamente?

MADRE.- No me preguntes cuándo ha de cesar el suplicio; ¡sólo preguntas cómo vas a resistir el dolor!

PROMETEO.- Sólo esto me preocupa: ¡el alma mía!

MADRE.- En el horrible martirio aprietas tus labios desdeñoso, con obstinación.

PROMETEO.- Todo está bien. ¡Enhiesta el alma ha de permanecer!
Dime, el cuervo cuando devora las entrañas de raíz, ¿se marcha ya para siempre?

MADRE.- ¡Ay de mí, cuando otra vez apunte el día, desde la altura se precipitará, para volver a devorar! De noche crecen de nuevo las entrañas.

PROMETEO.- Sagrada y fresca Noche, te agradezco, porque nutres y renuevas nuestro corazón, para que vuelva el buitre a devorarnos. ¡Que nunca, que jamás cese el dolor!
¡Sí: este es el camino!

MADRE.- ¿Cuál?

PROMETEO.- El camino secreto; pero no preguntes más. Sólo una cosa quiero todavía: Madre, ¿cuándo abrirá su mano este nuevo Señor para que me ataque el buitre?

MADRE.- Cuando encadene a todos los genios enfurecidos en el negro Hades; y entonces ya quedaréis frente a frente en el mundo, pecho con pecho, combatientes sólo vosotros dos.

PROMETEO.- ¡Está bien! Alcanzo a trabajar.
Oh Moira amada, que ciegas también a las deidades, pues tú caminas por senderos propios y el bien lo haces brotar lavado en lágrimas a la luz y llagado, siento tu mano en mi hombro.

Boletín del Instituto Nacional

Ciega eres como nuestra Madre; confíate en mis dos ojos, y te sacaré allí donde deseas, a la luz ensangrentada, al amanecer del entendimiento del hombre.

CORO.- Una voz clavada en el viento
arma a las almas indómitas
en medio de la vasta luz.

El Ansia del hombre sin esperanzas
se apareja, con seno turgente,
en el Caos con el rebelde Entendimiento.

¡Y apareces en nuestra triste entraña,
oh rubia hermana nuestra,
Libertad, y golpeas las alas!

TELÓN





La traducción de *Prometeo Portador del Fuego* es uno de los tantos esfuerzos que realiza Miguel Castillo Didier, hace ya algunas décadas, para la difusión de la literatura neohelénica en nuestro país y en el mundo hispanohablante. No sólo ha traducido y estudiado a Kazantzakis, sino también a poetas tan importantes para las letras contemporáneas como Kavafis, Elitis y Seferis. Es profesor de Estado en Castellano y Licenciado en Lengua Griega. En la Universidad de Chile ocupa las cátedras de Literatura Neohelénica y Lengua Griega Clásica. Desde 1992 dirige el *Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos* de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Entre sus muchas publicaciones caben mencionar *Kavafis íntegro*; *Las odas griegas de Andreas Kalvos*; *Epopeya de Diyem Akritas*; *Grecia y Francisco de Miranda*; *Dos precursores. Miranda y Rigas. América y Grecia*.

**Boletín del
Instituto Nacional**

Boletín del Instituto Nacional
Arturo Prat 33